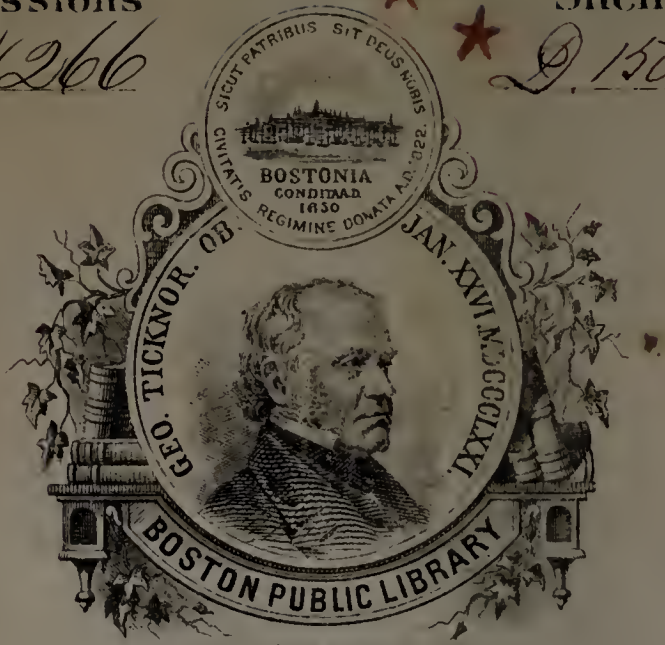
Accessions 114266

Shelf No. D. 150 b. 34



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871.

These Ballads are on the History of Espartero, Duque de la Vitoria; and end with his elevation to the Regency of Spain. See pp. 89.97. 153. 236. They were written, I suppose, by the same person who wrote the Emancipacion Literaria, Barcelona, 1837, a poem; — and who there calls himself simply, — A. Ribot.

El Romancero

DEL

CONDE-DUQUE.

Es propiedad del Editor, y hay seña secreta en todos los ejemplares.

IMPRENTA DE IGNACIO OLIVERES.

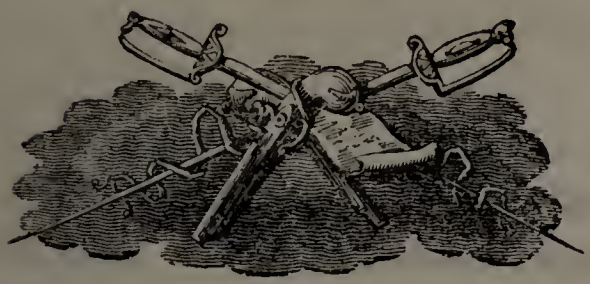
EL ROMANCERO DEL CONDE-DUQUE

ó

LA NUEVA REJENCIA.

POR

A. Ribot y Fontseré.



BARCELONA:
LIBRERIA DE IGNACIO OLIVERES.
CALLE ANCHA NÚM.º 26.
1842.

D. 150 b
39

14266
G. F.

El Romancero

DEL CONDE-DUQUE.

Con este título inserté en el *Constitucional* una coleccion de romances, íntimamente enlazados entre sí, como las escenas de un drama, y que se fueron sucediendo con ilacion y dependencia consecutiva. Nuestra última época, al trasluz del egois-

mo que la caracteriza, nos permite ver á menudo rasgos caballerescos análogos á los que formaban el tipo de la edad media, é igualmente dignos de escitar el entusiasmo de los vates. Si á todos nos fuese dado hacernos cargo de las patéticas escenas de que ha sido testigo nuestra patria en su última contienda, que tan felizmente ha desenlazado un abrazo, por ventura no nos parecerian tan exajeradas las hazañas del Cid campeador y de Bernardo del Carpio. Pero la sociedad presente, menos amiga de la gloria que del oro, ha dejado pasar los hechos mas estraordinarios sin fijar la atencion en ellos, á no ser que hayan tenido alguna influencia en las subidas y bajas de las Lonjas.

El historiador que se encargue de legar á la posteridad la época actual, acaso no empleará mas que una pincelada desdeñosa en las escenas que yo traté de pintar con toda su vida en mis romances. Estos, de consiguiente, son nada mas que un episodio de la época, un fragmento desprendido de la historia jeneral, un adorno arquitectónico que ha saltado de la fachada del edificio; pero este episodio es uniforme y homojéneo, goza de vida propia y puede persistir con independencia de la accion principal; este fragmento separado del todo forma otro todo completo, y se aparta de la historia jeneral sin haber sufrido mas que una solucion de mera contigüidad; este adorno arquitectónico se despe-

ga del edificio solo y entero, sin desmoronarse, sin dejar en la fachada nada suyo ni llevarse consigo nada de la fachada. Mis romances forman una obra tan completa é independiente que nunca ponen á los lectores en la necesidad de volver la vista atrás para buscar el tronco de que se desgajaron.

A. Ribot.

ROMANCE I.

Habed cuidado, el buen duque,
Ved que en Madrid hay felones,
Y las zorras de la España
Tienen cobil en la córte.
Hoy en palacio se juntan

Validos y jentil-hombres;
Bien lo indican en el atrio
Las libreas y los coches.
Tantas fajas y veneras,
Grandes cruces y galones
A las centinelas cansan
Que les hacen los honores.
Pasan mil llaves doradas,
Mil bordados uniformes;
Da grima ver tanto fausto
En una nacion tan pobre.
De oro fino recamados
Y con ricas distinciones,
Entre oleadas de mendigos,
En berlina van los nobles.
Bien en la córte contrastan
Estas raras condiciones;
De un pecho cuelgan harapos
Y de otro cuelgan toisones.
Ha razon el pobre pueblo
En maldecir sus sudores,
Si el sudor que le estenúa
Alimenta á sus sayones.
Mirad cual van á palacio
Para añadir eslabones

A la cadena que el pueblo
Siempre tasca y nunca rompe.
Mas por ventura no todos
Tienen corazon de podre:
Magnates hay que no olvidan
Que los pecheros son hombres.
Paladines hay valientes
De distinguidos blasones,
Que en el palenque del pueblo
Son fuertes mantenedores.
El buen marques de Rodil,
Que en las provincias del norte
Fué el primero que de Cárlos
Logró humillar los pendones;
El conde de Peracamps,
Cuyo título de conde
Nació escrito con su sangre
En los laletanos montes;
Lorenzo, que abandonára
De América el horizonte
Para lograr en España
Su inmarcesible renombre;
El duque de Zaragoza,
Cuyas ilustres acciones
Son la pájina mas bella

De los fastos españoles,
Veterano, cuya gloria
Se escribió en oro y no en cobre,
Pues no pudo enmohecerla
La fetidez de la corte,
Y otros muchos jenerales
Y esclarecidos campeones,
Brigadieres, coroneles,
Tan bravos como leones,
Por la cruz de sus espadas
Juraron todos acordes
Defender de un pueblo heróico
Las santas instituciones.
El duque de la Victoria
Es entre todos el prócer,
Pues vencedor siempre ha sido
Cual su título supone.
El amor de todo un pueblo
De su mérito responde,
Es padre de los soldados,
Murmuracion de los nobles.
Blanco de todos los tiros
Que disparan en la corte,
Todos los dardos se embotan
En su firmeza de bronce.

Entre su espada y su gloria
Sus rivales se interponen.....
¿Quién ha visto los vencejos
Hacer frente á los azores?
No lucharán cuerpo á cuerpo
Sus enemigos feroces;
Timidos son cual gacela,
Pero cual sierpe traidores.
Habed pues cuidado, Duque,
Ved que en Madrid hay felones,
Y las zorras de la España
Tienen cobil en la corte.

ROMANCE II.

Entre amarrida y ceñuda,
Sentada en soberbia silla,
Clavando en el pavimento
Una mirada tan fija,
Que taladra con los ojos

Al parecer la alcatifa;
Asediada por la chusma
De palaciegos crecida,
Que al pié del trono vejeta,
Está la reina Cristina.
Reina rejente, que tienes
La España á tus pies sumisa,
¿Porque lágrimas de enojo
Humedecen tus pupilas?
¿El trono de san Fernando,
Que ocupa tu feliz hija,
Ha perdido por ventura
El pedestal que tenia?
¿No le custodian leones?
¿No le apuntalan y afirman
Bayonetas de valientes
Que vencen dó quier que lidian?
¿Que cuita, pues, hoy anubla
Tu felicidad, Cristina?
¿Porque el llanto del despecho
Rusca cauce en tus mejillas?
¡Miradla! ¡la que cercada
De su réjia comitiva,
Se alzaba cual entre icacos
La ceiba de las Antillas!

¡Miradla! ¡la que cazando
Castigaba la campiña,
Montada en un torbellino,
Caballo de Andalucía!
¡Miradla! ¡la que nos diera
El decreto de amnistía,
Que abrió las puertas de España
A mil familias proscritas!
Madre de los españoles
La llaman, y ella algun dia
Este título de madre
Al de reina preferia.
Mas de madre los deberes
Desgraciadamente olvida.....
¡Guay de ella, si de sus hijos
El cariño se amortigua!
¡Guay de ella, si desconoce
Las doradas arterías
De los viles palaciegos
Que la amañan y fascinan!
Ya de su gracia ha caido
El héroe de mas estima,
Cuya espada no se mella
Con los quites de la intriga:
El que con brazo pujante

Las circunstancias domina,
Que aunque de Cristina pierda
La privanza y la valía,
Con doscientos mil guerreros
Y una nacion que le admira
Hará besar sus espuelas
A cortesanas pandillas.
Por esto lágrimas surcan
El semblante de Cristina,
Por esto los palaciegos
Armas de venganza afilan.
Un hijo-dalgo, cubierto
De cruces y de divisas,
No adquiridas en la guerra
Sino en la corte adquiridas,
Viendo triste á la rejente,
Con ratera hipocresía
Finje que enjuga su llanto
Y están secas sus mejillas.
Y afectando con sollozos
Una afliccion infinita,
Dirije á la reina madre
Estas palabras sentidas:
—O reina, vuestra afliccion,
Vuestros profundos dolores

De los vuestros servidores
Traspasan el corazon.
Echar otra vez al cieno
Aun os es dado, señora,
A la serpiente traidora
Que acogisteis en el seno.
Podeis con el poder mismo
Que alzasteis sobre su cuna
A un soldado de fortuna,
Sepultarle en el abismo.
Él es conde de Luchana,
Es duque de la Victoria,
Ninguno le gana en gloria,
Nadie en títulos le gana;
Mas pues para levantarle
Tuvisteis tanto poder,
Igual le debeis tener,
Señora, para humillarle.
Y agora que tan ufano
Se muestra y bravo en la guerra,
Torne otra vez á la tierra,
De donde salió, el gusano.
De sus títulos de honor
Despojadle y su nobleza;
Pronto, humillad su fiereza

Declarándole traidor.
—Sí, traidor, claman acordes
Los demas, pero Cristina
Tanto teme al conde-duque
Que rechaza la medida:
—Reina soy, mas si su encono
Provocamos imprudentes,
Con sus soldados valientes
Hará ataud de mi trono.
Él es fuerte, y con su tropa
Que le idolatra entusiasta,
En este momento basta
A hacer temblar á la Europa.
Mirad... el cetro está inerte
En mano de mujer flébil,
Y es imprudencia del débil
Querer luchar contra el fuerte.—
Una voz ronca, terrible,
Que perfectamente imita
El toro cuando está en zelo,
En los artesones, vibra:
—¿No sois rejente de España?
¿Vuestro cetro tan temido
Acaso se ha convertido
En un pedazo de caña?

Al conde-duque temeis,
Cual si él fuera el soberano,
Pues bien, poned en su mano
Vuestro cetro, y no os quejeis.
No os quejeis, porque si agora
Os es su influjo fatal,
Si su orgullo colosal
A toda la corte azora,
Culpa es vuestra, ¡vive Dios!
Le hicisteis subir tan alto,
Que ahora puede de un salto
Levantarse sobre vos.—
Calla, y la reina rejente,
Abandonando su silla,
A los circunstantes habla
Con resolucion altiva:
—Caballeros, desde hoy
Recobra el trono el poder;
Yo soy reina, y le haré ver
A Espartero que lo soy.
No habrá mas Dios ni mas leyes
Que mis órdenes supremas.....
Ya es hora, duque, que temas
La venganza de los reyes.
Escuchad, mis caballeros,

Pues todos lo sois; decid,
¿Si se os provoca á la lid,
Dispertareis los aceros?
¿No respondeis? ¡desgraciada!
¿Son mis campeones de leño?
¿Dejareis que duerma el sueño
En su vaina vuestra espada?
¿Dó estás, nobleza española,
Un tiempo de tanta fama?
Si hoy dejas sola á tu dama,
Está bien, lucharé sola.
Confiaba en vuestro valor;
Me hicisteis echar un guante
Que lo recojió al instante
El que llamamos traidor.
Id, cobardes cortesanos,
Que trabajais en mi mengua,
Tan valientes con la lengua,
Tan miedosos con las manos.
En palacio haceis alarde
De un valor que no teneis;
Alimañas, me perdeis;
Quítate, chusma cobarde.—
La chusma de palaciegos
Besa humilde la tarima

Que conculca con sus plantas
La mal andante Cristina.
Solo queda en el estrado
Con la reina madre altiva
Un anciano encanecido
En cortesanas intrigas.
¿Quien es este? ¿por ventura
Tiene la hebra escondida
Que en tan vasto laberinto
Dará á Cristina salida?
¡Ay de tí, reina rejente,
Si en él por azar confias!
De las zorras de palacio
Es la zorra mas ladina.

ROMANCE III.

Junto á la reina rejente
Una silla un viejo ocupa
De sospechoso talante
É hipócrita catadura.
La piel, como si sobrara,

Sobre su frente se arruga,
Y el arado de los años
Sus secas mejillas surca.
Es uno de aquellos entes
Que en los palacios abundan,
Constantes en los estrados
Como sus mismas pinturas.
Que requiebran á los reyes
Con cuatro palabras chuscas,
Cuatro lugares comunes,
Cuatro frases que retumban.
Diplomáticos les llaman
Porque mienten con soltura,
Y si no tienen talento
Al menos tienen astucia.
Ellos saben que los reyes
Con su poder y su alcurnia
Las debilidades sufren
De las humanas criaturas,
Y á satisfacer caprichos
Por cálculo les ayudan,
Y la mina del pecado
Esplotan con travesura.
Luego piden una gracia,
Que nunca se les rehusa.....

Mas no la piden, la exijen
Como recompensa justa.
¡Que hacer un monarca entonces!
¡Que es su poder que deslumbra,
Si un depositario tiene
De sus deslices y culpas!
¡Si ha colgado de un secreto
Su corona y su fortuna,
Pues si se abriera una boca
Tal vez se abriera una tumba!
Reyes, no duerme el demonio;
Satanas no se descuida;
Sus vicegerentes manda
Y al lado vuestro pululan.
Tan cosido está á la reina
Ese anciano, que se juntan
Sus sombras en la alcatifa
De suerte que forman una.
Parece que los dos creen
Que hasta los muebles escuchan,
Pues en voz imperceptible
Este diálogo murmuran.
—Quiero daros un consejo,
Señora, que ha de serviros,
Ni hay mas tabla de que asiros

Que la lealtad de este viejo.
—Confio en ella.—Primero
Es preciso que sepais,
Que solo necesitais
Tener un buen consejero:
—Uno solo?—No mas que uno;
Basta si aconseja bien...
Si os aconsejan mal cien,
Mas que cien vale ninguno.
Vuestra corte está infestada
De diplomáticos duchos,
Que aunque os dan consejos muchos,
Estais mal aconsejada.
Buscad un hombre de peso,
Que tenga sana intencion,
Contempladle el corazon
Con mas cuidado que el seso.
Que para á salvo llevaros,
Señora, en este momento,
Aun puede mas que el talento
El deseo de salvaros.
Vos seguís un rumbo incierto,
Y la borrasca es cruel;
Yo conozco un timonel
Para guiaros á puerto.

—Quién es?—Un hombre de pro.
—Dílo.—Cerca de él estais...
—Eres tú?—Lo adivinais;
Si, señora, este soy yo.
Escuchad: vos un error
Harto grave cometisteis;
Libertad al pueblo disteis...
Al siervo hicisteis señor.
Los pies pusisteis en falso,
Y os despeñasteis vos misma,
Que un trono siempre se abisma
Si no le afianza un cadalso.
En hora menguada os plugo
Sierva haceros de la ley,
El buen amigo del rey
Ignorais que es el verdugo?
—Pero...—Ya sé la intencion
Con que al pueblo os entregasteis;
Con astucia le amañasteis
Temiendo la usurpacion.
Necesitabais guerreros
Para á Carlos combatir...
—¿Lo podia conseguir
Sin dar al pueblo sus fueros?
¿Que le importa mi corona

A la democracia impía,
Si nadie lucha en el dia
Por el bien de una persona?
Tuve al leon que soltar,
Y él se hizo soberano,
Y hoy hará trizas la mano
Que le quiera encadenar.
Bien mis males considero,
Y es imposible evitarlos;
Por no estrellarme en don Cárlos,
Me estrellaré en Espartero.
—No es tan grande vuestro daño
Que ya os deje desauciada...
¡Ah señora! una emboscada
Es necesaria, un engaño.
—Por Dios, habla mas despacio...
—Bien, os lo diré al oido;
Ya sabeis que estoy curtido
En las cosas de palacio.
Tanto zorro cortesano
Como esté palacio encierra,
Con los hinojos en tierra,
Los sombreros en la mano,
No tienen mucho meollo,
Ni os aman, segun se vé;

Vejetan á vuestro pié
Para hacer su desarrollo.
Mas yo no tengo ambicion;
Bese el cielo ó muerda el lodo,
Todo seré vuestro, todo,
Que os amo de corazon.
Os aconsejan los nécios
¡Vaya un consejo prudente!
Que al conde-duque hagais frente
Y le trateis con desprecios.
Son menguados ¡vive Dios!
Señora, antes de la lid
Vuestros recursos medid...
¿No es él mas fuerte que vos?
Un ejército atesora
Que irá á la tumba por él;
Un pueblo entero le es fiel,
Besa su espada y le adora.
Y vos para defenderos
Teneis cuatro cortesanos,
Que hasta les tiemblan las manos
Al requerir los aceros.
—Dí, ¿que consejo me das?
—¿Quereis que deje su puesto?
Pues para conseguir esto,

Levantadle un poco mas.
Quiero que se venga al suelo,
Pero por su peso mismo;
Quiero que toque el abismo
Despues de tocar el cielo.
Devolvedle vuestra gracia,
Tendedle, señora, un lazo,
Luchad con su mismo brazo
Para hundir la democracia.
Que cuando ya al pueblo habreis
Puesto de nuevo el bozal,
Le faltará un pedestal
Al duque y le abatireis.
El mismo pueblo indignado
De traidor le acusará,
Y él mismo os ayudará
A derribar á un malvado.
Llenad su ambicion enorme
De empleos y perejiles,
Cruces conferidle á miles
Que tapicen su uniforme;
Que si esto el ariete acalla
Que bate vuestra corona
¿Que importa de una persona
Hacer tienda de quincalla?»

En este plan del anciano
Cristina su triunfo augura,
Y la luz de la esperanza
Brilla en sus mejillas mustias.
Para atraer á Espartero
Forma varias conjeturas,
Y finalmente resuelve
Encontrarle en Cataluña.
El anciano que conoce
Que es la ocasion oportuna
Para pedir distinciones
A Cristina y gracias muchas,
Mil solicitudes hace,
Los ministerios abruma,
Y saca de sus consejos
Recompensas con usura.
No bien trascurren dos dias
Que sus deudos se situan
En los mas pingües destinos
Que el mísero erario apuran:
Los políticos son esos
Que apego al trono simulan,
Y este apego es la careta
Con que su ambicion ocultan.
Reyes, no duerme el demonio,

Satanás no se descuida;
Sus vicejerentes manda
Y al lado vuestro pululan.

ROMANCE IV.

De boca en boca camina,
Se propaga y eslabona
La nueva de que Cristina
Con sus hijas abandona
De la corte la sentina.

Mucho á los unos agrada,
Mucho á los otros inquieta
Esta nueva inesperada;
Ni hay persona por cuitada
Que no la eche de profeta.

Todos alegan razones,
Todos sacan comentarios;
Los pronósticos son varios,
Distintas las opiniones,
Los pareceres contrarios.

Se miente con profusion
Y se miente de mil modos,
Y es tal la contradiccion,
Que nadie tiene razon.
Y creen tenerla todos.

Que de político y loco,
Cual nos enseña el refran,
Todos tenemos un poco,
Y un niño que aun teme el coco.
Cree ser un Tayllerand.

Cuenta Isabel pocos años,

Y es débil naturalmente,
Y su madre la Rejente
Para hacerla tomar baños
Dice que es fuerza se ausente.

Que en Cataluña hay raudales
De agua pura y cristalina,
Hay termas medicinales,
Y hay habitantes leales
A la ley... mas que á Cristina.

Por esto va á Barcelona,
Que es la joya mas preciada
Que la España galardona,
De los reyes estimada
Mucho mas que su corona.

Pero el pueblo es muy sagaz,
Lleno está de desengaños,
Y conoce perspicaz
Que es un pretesto falaz
El pretesto de los baños.

Mil veces escarmentado,
Teme la red encubierta,

Un golpe teme de estado,
Y esclama: «Nacion ¡alerta!
Que hay aquí gato encerrado.»

Porque hay córtes enemigas
De la gloria popular,
Hijas tan solo de intrigas,
Que quisieran conculcar
A los hombres como hormigas.

Malas leyes han formado,
Contrarias á la nacion,
Que á Cristina han alhagado,
Y esperan por de contado,
Que ella las dé su sancion.

Pero ella teme al guerrero
Que en mucho su patria estima,
Al indómito Espartero,
Que estremece y mete grima
Con la fama de su acero.

Y primero que sancione
Leyes al pueblo contrarias,
Es fuerza que el héroe abone

Sus tendencias temerarias,
Y que su ánimo no encone.

En busca del adalid,
De los bravos nata y flor,
Quiere abandonar Madrid,
Y emplear todo su ardid
Para atraerle mejor.

A la rejente acompaña
Distinguida muchedumbre
De hidalgos, grandes de España,
Y jente de otra calaña
Que forma su servidumbre.

A su lado va Isabel,
Bella como flor de mayo,
La que está bajo el dosel,
La que pisa el escabel
Del trono del gran Pelayo.

Y va la infanta con ella,
La tierna Maria Luisa,
Viva como una centella,
Cuyo rostro dulce risa

Perennemente destella.

De la infanta y la princesa
El mayordomo mayor
En pos va en una calesa,
Junto á la dama de honor,
De la Victoria duquesa.

Tambien con las reinas van
Intendente y tesorero,
De su guardia el capitan,
Médicos y capellan,
Tres ministros y un montero.

Dos azafatas se ven
Y á mas cinco camaristas,
Y lacayos mas de cien,
Delanteros y tronquistas,
Tenienta de aya tambien.

Palafraneros, zagales,
Cargadores, y despues
Reposteros, mayorales,
Guardaropas, y oficiales
Y mozos de guadarnes.

El corazon de Cristina
De esperanza y miedo late,
Y en sus ojos se adivina
La pasion que la domina
Y que su pecho combate.

Que cuando quisiera en tierra
Ver revolcada la gloria
Del duque de la Victoria,
Cuya espada allá en la guerra
Escribe sola su historia;

Ve que hacina por su mal
Trofeos bajo su planta,
Y que afianza el pedestal
De dó su gloria inmortal
Hasta el cielo se levanta.

Mas rápido que un azor
Un correo se abalanza,
Y solo la vista alcanza
A observar al rededor
El turbio polvo que lanza.

Llega, no tarda un instante...

Y la reina madre altiva
Muestra escrita en su semblante
Una pena fulminante
Que aterra á la comitiva.

¿Que atroz nueva acompañó
Este correo lijero?...
Oid.... ¡Morella cayó!
¡Morella su sien hincó
Bajo los pies de Espartero!

ROMANCE V.

Morella, cuyos contornos
Tapiza apenas la yerba,
Con sus escarchas burlando
El sol de la primavera;
Que cabalga en un abismo,

Y allá en el zenit ostenta
Su cabeza de breñales
Con las greñas de maleza;
Que bien pudiera de cráneos
Formarse en lugar de piedras,
Si recojiera los huesos
De las víctimas que cuesta;
Morella, fatal manida,
Dó la tortosina hiena
Con ensangrentados dientes
Atarazaba su presa;
Un asqueroso retazo
Izó, á guisa de bandera,
Del manto rejio que cubre
A Carlos, rey de las selvas.
Allí vivieron tranquilas,
En traje de hombre las fieras,
Los despojos y carroñas
Repartiéndose sangrientas.
Y despeñando miradas
Desde las escuetas breñas
Contaban en la llanura
Sus víctimas venideras.
A modo de hambrientos buitres
Que acechan desde una cresta

En la falda del Pirene
Del cazador la escopeta,
Se creyeran al abrigo
De asechanzas y sorpresas,
Porque no es dado á los hombres
Remontarse á las estrellas.
Ignoraban que al que lucha
De sus fueros en defensa,
Le dá el águila sus alas
Y el elefante sus fuerzas.
El duque de la Victoria,
Cuya poderosa diestra
Si se levanta no cae
Sin aplastar fortalezas,
Con sus hazañosas tropas
El muro altanero cerca;
Llega, amenaza, y sus hombros
Encoje al punto Morella.
Que el que en Segura y Aliaga,
En Castellote y la Cenia,
En Ares y en Peñarroya,
En Alpuente y Cantavieja,
En san Mateo, Ulldecona,
Y en Alcalá de la selva,
Y en Flix, y en Begis, y en Mora,

Enarboló sus banderas;
Pasa donde pasa el viento,
Lucha cual luchaba el Cesar,
Y el número de victorias,
Por el de batallas cuenta.
En él los pueblos confian,
En él las tropas esperan;
Su pecho le dió Wasíngthon,
Bonaparte su cabeza.
En torno suyo sus bravos,
Como una deidad, le encierran
En un sagrario de obuses,
Un templo de bayonetas.
Voraces miradas lanzan
Desde las altas troneras
Los rebeldes que en sus manos
Muestran ardiendo las mechas.
Luego braman los cañones,
Luego los morteros truenan,
Y á la muerte con la muerte
Bravos á bravos contestan.
El redoble de los parches,
El grito de las cornetas,
Relinches de mil caballos,
Rujidos de mil cureñas,

Horrible armonía forman,
Forman una voz inmensa,
Un concierto que desgarra,
Sin pausas ni intermitencia.
El humo destierra el aire,
Levanta una valla densa;
Se diria que las balas
Han de cejar sin romperla.
Un velo fúnebre tiende
Sobre la sangrienta escena,
Encubriéndola á los mismos
Que representan en ella.
Y solo de cuando en cuando,
Como espantoso cometa,
Una bomba destructora
Con sus crines de pavesas,
A los fieros combatientes
La carnicería enseña,
Al mismo tiempo que en ellos
Carniceria hace nueva.
Ya se arrastra entre despojos,
A manera de culebra,
Describiendo sobre el yelo
Una ancha faja sangrienta;
Ya corta el humo y el polvo,

Y en la atmósfera revienta,
Y cae en lluvia de hierro
Hiriendo de mil maneras.
De repente el duro estruendo
De los combatientes cesa,
Y solo de los murientes
Se oye la voz plañidera.
Enmudecen las mil bocas
Con que bramaba Morella,
Y un silencio de sepulcro
En el campamento reina.
Por grados y lentamente
Se desvanece la niebla,
Que á las miradas de todos
Robó las altas almenas.
Queda en el aire una gasa
Que es cada vez mas lijera,
Y al trasluz de endebles mallas
El cuadro horrible ver deja.
Así al trasluz de un sudario
De fina y endeble tela,
Los contornos de un cadáver
Pálidos se trasparentan.
El fuerte, desmoronado
Por las bombas, se asemeja

A un descarnado jigante
Que descubre su osamenta.
Y todavía orgulloso,
Como el toro que en la arena
Cruzado de banderillas,
Aun amenaza y forceja,
En sus débiles adarves
Tremola bandera negra,
Y Espartero se sonrie
Despreciando su soberbia.
« Ceded, les dice, que es vana
Vuestra tenaz resistencia,
Y hoy os ofrezco clemencia
Que os la negaré mañana.
¿Qué teson por temerario
En mi teson no se estrella?
Aun hoy Morella es Morella,
Mañana será un osario.
Si quereis guerra, habrá guerra;
Mis soldados valerosos
Treparán como los osos
Por la inaccesible sierra,
Y subirán furibundos
A vuestros muros deshechos,
Los pies hincando en los pechos

De muertos y moribundos.
Vuestras torpes pretensiones
Os acreditan de fieras;
Si vosotros sois panteras,
Mis bravos serán leones.
Meditad que vuestra suerte
Escrita está y decidida;
Para hoy os guardo la vida,
Para mañana la muerte.»
No dice mas: los rebeldes
Contemplan su tumba abierta,
Y conocen que es inútil
La resistencia en las brechas.
En vano sangrientos frailes
Con ascética elocuencia
Les hostigan al martirio,
Y en nombre de Dios les vedan
Que desamparen un punto
Que Dios confia á sus diestras.
¡En vano! que aun no apagadas
Las mechas sus manos sueltan,
Y antes que ser prisioneros
Fuga dificil intentan.
¡Míseros! las leales tropas
Su retirada interceptan,

Y entre ellas y sus contrarios
Espaciosa tumba ahuecan.
Mochilas, armas hacinan ;
Rompen, destrozan, degüellan,
Y con mutilados cuerpos
Forman sangrienta barrera.
¡Victoria! claman, y luego
Se eclipsa la negra enseña,
Y ondea el pendon del libre
En los muros de Morella.
Un correo se dispara
Que un huracan no siguiera,
Y á la corte participa
La tan suspirada nueva.
Este correo es el mismo
Que derramó de la reina
En el corazon altivo
Toda la hiel de la pena.
Mas ella, cohonestando
Su negrísima tristeza
Con una risa mas triste
Que una lágrima de veras,
De su anciano consejero
Las lecciones no desecha,
Y por esto al gran caudillo

Galardona con largueza.
Le confiere el toison de oro,
Le colma de honras, y agrega
A sus títulos brillantes
El de duque de Morella.
Mas ¡ay! no son esos timbres
Los que alhagan y desvelan
Al que consagra á su patria
Su brazo con su existencia.
Que llenos de distincciones
Viles tiranos se encuentran
Que en sus hermanos remachan
Las insufribles cadenas.
Hay otra gloria mas dulce
Que nunca muere en la tierra,
Y embalsama la memoria
De aquel que sabe obtenerla.
Esta gloria forma un nombre,
No escrito sobre una piedra
Que la esponja de los años
Borra al cabo y nada deja,
Sino esculpido en los siglos,
Donde vive y se alimenta
Del recuerdo de los hombres
Que le admiran y veneran.

No consigue este renombre
El valido que vejeta
Adulando á los monarcas
Y besando las diademas,
Sino aquel que con su espada,
Con su pluma ó con su lengua
Procura el bien de los hombres
Y emanciparles intenta,
No tiene ocaso esta gloria
Que, como Dios, es eterna,
Y esta es la gloria que busca
El vencedor de Morella.

ROMANCE VI.

De Madrid á Barcelona,
En todo lugar y villa,
La multitud se amontona
Para ver á la que brilla
Con la española corona.

Van cubriendo la carrera
Tropas muchas y esforzadas,
Que la faccion es artera,
Y su caudillo Cabrera
Muy amigo de emboscadas.

Es indecible el afan
Del pueblo, á su reina fiel;
Cada pecho es un volcan,
Que Dios ha puesto un iman
En el rostro de Isabel.

Este imán es su candor;
Brilla ella con su inocencia,
Cual querubin del Señor
Que ha formado un escultor
De mármoles de Florencia.

Van, á modo de un torrente,
Inundando los caminos
Densas oleadas de jente;
Caballos, cual torbellinos,
Llenan de polvo el ambiente.

Pasan coches á tropeles,

Carrocines y galeras,
Y ornadas de mil maneras
Las mulas los cascabeles
Ajitan de sus colleras.

Aviva los animales,
Mientras atruena el oido,
La voz de los mayorales,
O el arre de los zagales,
O del látigo el chasquido.

El concurso alborozado
En las carreteras crece
Como un turbion animado,
Y es tan grande que parece
La emigracion de un estado.

En las ciudades á miles
Se agolpan preparativos;
Muchos símbolos altivos
Carpinteros y albañiles
Van levantando festivos.

Dó quier un arco triunfal;
Ni hay violeta ni jazmin

Que esté en el suelo natal,
Segura en el matorral
Ni seguro en el jardin.

Toda flor va á tierra estraña;
Deja su sol y su sombra
Y el rocío que la baña
Para formar una alfombra
A la majestad de España.

Apura el arte primores,
Gracias muchas y escesivas,
Y absorve Isabel loores
En un camino de flores
Y una atmósfera de vivas.

Que al llegar al Aragon,
Tierra en valientes fecunda,
Se vierten con profusion
Vivas á Isabel segunda
Salidos del corazon.

Es franco el Aragones
Y no adula como esclavo;
Siempre se muestra cual es,

Independiente y cortes,
Tan sencillo como bravo.

Mas constante que una roca,
Para conseguir su intento
Riesgos desprecia y provoca,
Y siempre su pensamiento
Está acorde con su boca.

Mas aunque sabe á sus reyes
En todo tiempo acatar,
Les odia si por azar
Ellos no acatan leyes
Y á la Vírjen del Pilar.

Le place ver á Isabel
El entusiasmo que brota
De aquel pueblo siempre fiel,
Que revela quien es él
Tan solo al cantar la jota.

Le place ver los balcones
Tan ricamente colgados
Que forman varias visiones
Con sus tisús y festones

Y damascos recamados.

Le place ver donde quiera,
En toda aldea y ciudad,
Armoniosa variedad,
Y vencida con la cera
La nocturna obscuridad.

Nacen á su rededor
Pruebas de acendrado amor,
Obsequios no mentirosos,
Si no de mucho valor
Al menos muy afectuosos.

Que hasta un pobre campesino,
Viendo á las reinas tan lindas,
Las detuvo en el camino,
Y las regaló muy fino
Un tosco ramo de guindas.

Isabel lo recibió
Con agradable atractivo,
Y la infanta que lo vió,
Como es de jénio festivo,
Graciosa se sonrió.

Esta dádiva guardad,
Isabel, como un tesoro,
Y en mas su precio estimad
Que si fuera un ramo de oro
Que no probára lealtad.

De precio infinito son
Las dádivas de un patan;
No hay doblez ni adulacion,
Que envueltos con ellas van
Pedazos del corazon.

A las reinas de este modo
Mil homenajes prodiga
Gente franca y sin intriga,
Que desahoga del todo
El entusiasmo que abriga.

En todas las capitales
Las campanas forman coro,
Y sus lenguas de metales
Asocian eco sonoro
A los himnos nacionales.

Pero la reina rejente

Está triste y pensativa,
Y se muestra indiferente
A la algazara festiva
Como si estuviera ausente.

Con mil vítores la aclama
Sin cesar el pueblo entero,
Y en ella acíbar derrama,
Porque á la vez á Espartero
Vitorea por su fama.

Solo ocupa su memoria
Un continuo pensamiento;
Halló un rival de su gloria
Que la sirve de tormento...
El duque de la Victoria.

ROMANCE VII.

I.

Zaragoza la leal,
La que defienden leones,
Tienes un nombre inmortal
Escrito por los cañones.

Las piedras de tus murallas
Son pájinas de tu historia,
Descripcion de tus batallas,
Pirámides de tu gloria.
Eres tú la centinela
De las españolas leyes,
Porque dás, estando en vela,
Hasta el *quien vive* á tus reyes.
Aunque valiente blasonas
De tener hijos leales,
De tiranos las coronas
Sabes trocar en dogales.
¿Porque tu pueblo impaciente
Hoy se muestra y afanoso?
¿Porque hormiguea la jente
Inundando el ancho coso?
¿Porque en tus torres jigantes,
Como escaleras del cielo,
Hoy suben tus habitantes?
¿Les dió el águila su vuelo?
Todos aguardan un coche;
La hora prescrita sonó,
Pero se acerca la noche
Y el coche que aguardan no.
Se columbra en occidente

Un reluciente arrebol,
Y este arrebol reluciente
Es el sepulcro del sol.
De estrellas se salpicó
La bóveda obscurecida;
¿Son lágrimas que vertió
El sol en su despedida?
Rabian los zaragozanos
Viendo la noche llegada,
Que de ministros villanos
Va Isabel acompañada.
Y estos ministros, temiendo
Que en medio de la algazara
Todo un pueblo con estruendo
Sus cuitas les eche en cara,
Entrar de dia no quieren
En la gloriosa ciudad;
Como ladrones prefieren
A la luz la obscuridad.

II.

En las sombras proyectados
A lo lejos se adivinan
Bultos indeterminados
Que lentamente caminan.
Se van acercando y crecen,

Aumentan en apariencia;
Nocturnas sombras parecen
Que han tomado consistencia.
Luego se oye de cien ruedas
El tembloroso crujido;
Voces muchas, voces ledas
Se asocian á este ruido.
Ya las majestades entran
En la ciudad siempre heróica.....
¡Como su rabia concentran
Con serenidad estoica
En el fondo de sus pechos
Los ministros, que traidores
Quieren pisar los derechos
De los pueblos, sus señores!
Para no ver los semblantes
De los buenos ciudadanos,
Que de entusiasmo radiantes
Juraron «NO MAS TIRANOS;»
A la noche oscura piden
Sus tinieblas funerarias,
Pero la luz que despiden
Mil brillantes luminarias,
A su pesar les enseña
El rostro de aquellos bravos

Que ningun yugo domeña
Si no quieren ser esclavos.
A Isabel con entusiasmo
Saluda un perenne *viva*
Que bien se hermana al sarcasmo
Lanzado á su comitiva.
Cristina sufre tambien,
Y su corazon se enluta
Previendo que no en su sien
Habrá corona absoluta.
Que Zaragoza es valiente,
Y las tablas de la ley
Ver marchitas no consiente
Entre las manos de un rey.

III.

Harto Cristina confiesa,
Sin que su boca lo diga,
Que la atmósfera le pesa
De la ciudad do se abriga.
La ciudad es un volcan
Que consume su alma fiera;
Como llamas de alquitran
Ve el resplandor de la cera.
Finje que está fatigada,
Y se va á su alojamiento

Donde abrasa la almohada
Con fuego del pensamiento.
Una orquesta celestial
Acrece su enojo eterno,
Cual música anjelical
Oida desde el infierno.
Y á los ministros maltrata,
Satirizando sus yerros,
Espantosa serenata
De silvidos y cencerros.

ROMANCE VIII.

I.

En Zaragoza no ignoran
Que la rejente Cristina
Contra la salud maquina
De los pueblos que la adoran.
Espantosa tempestad

Se va fraguando á lo lejos
Con los infames manejos
De ministros sin piedad,
Que quieren menoscabada
Ver la libertad querida,
Con tanto ardor pretendida,
Con tanta sangre alcanzada.
El pueblo zaragozano
Arde en un volcan de rabia:
Tal un caballo de Arabia
Que bebiendo el aire vano
Las anchas narices hincha
Y, como el mar en borrasca,
Lanza espuma, el freno tasca,
La tierra escarba, y relincha,
Y cien vueltas da sin tregua
Queriendo el freno romper,
Porque ve cerca pacer
Con algun rival su yegua.
Impaciente el pueblo observa
La ley, de que está celoso
Y que se adquirió animoso,
Pisada como vil yerba.
Y al querer templar su pena
Con sangre de los perjuros,

Sus impetus prematuros
El que le dirije enfrena.
Tiene el pueblo un director
Como un jinete el caballo,
Y es feliz, siendo vasallo,
Si el mismo se da el señor.

II.

Mientras el pueblo murmura
Y se ostenta mas feroz,
Oye la imperiosa voz
Que sujeta su bravura:
«No tema el pueblo, no tema
Que se escatimen sus fueros,
Antes que su ley suprema
Huellen reyes altaneros,
Hollaremos su diadema.
Nuestras quejas á los pies
Dejemos de la rejente;
Con mesura y francamente
Hablemos, que lo cortés
No quita de lo valiente.
Si desoye nuestro ruego,
Si nuestra justa querella
En su corazon se estrella,
¡Ay de tanto palaciego

Como la rodea! ¡ay de ella!
Guardemos nuestra ley santa
Cual nuestros antepasados,
Que con entereza tanta
Ni á monarcas, ni á prelados
Besaron nunca la planta.
Fieles al trono seremos,
Si es al pueblo el trono fiel,
Que uno por uno valemos
Lo que el rey vale, y podemos
Todos unidos mas que él.
No tema el pueblo, no tema
Que se escatimen sus fueros,
Antes que su ley suprema
Huellen reyes altaneros,
«Hollaremos su diadema.»
Calla el pueblo, y al momento
Sus diputados destina
Para ir al alojamiento
De la rejente Cristina.

III.

—¡Atrás! retirad los pies,
O saldreis, no os digo como.—
De esta manera cortes
Agasaja el mayordomo

Del pueblo á los diputados
Que con toda urbanidad
Le piden ser presentados
A la réjia majestad.
La diputacion se para
De repente, cual navío
Que á todo trapo se vara...
Aquel hombre es un bajío.
Es un bajío que se halla
Entre el trono y la nacion,
Banco de arena dó encalla
De los pueblos la razon.
Peñasco en la misma boca
Del puerto de la bonanza,
Siempre el pueblo en esta roca
Ve estrellarse su esperanza.
—Obrad con tiento y despacio,
Dijo un diputado fiero,
¿Es infierno este palacio
Que tenga su can-cerbero?
Fuerza es pasar adelante,
Sabed que nos lleva aquí
Una mision importante.
—Podeis confiármela á mí.
—Perdonad si liso y llano

Os respondemos que no:
Nos manda aquí un soberano...
—Solo dos conozco yo.
—¿Dos no mas?—Dos solo encuentro
Y ¡vive Dios que es quimera
Estando los dos adentro
Traer su mision de afuera!
—Muy desacertado andais,
Mayordomo, si el señor
Solo en el trono buscais;
Hay otro mucho mayor
Que en palacios no se abriga
Y, aunque desnudo y hambriento,
Es mas fuerte que esta liga
De cortesanos sin cuento.
Es muy pobre, y sin embargo
Fuerzas sin fin atesora,
¿De quien es no os haceis cargo?
¿No le conoceis ahora?
—Le conozco.—Pues sabed
Que este soberano fuerte,
Este pueblo tiene sed
De venganzas y de muerte.
Este pueblo que dormia
Ha dispertado altanero,

Y en una hiena bravía
Se trocó el manso cordero.
Ha absorvido tantas penas
Que mas no puede absorver;
Las celdillas ya están llenas
De la hiel del padecer.
Y devolver con razon
Hoy á sus verdugos jura
Opresion por opresion
Y tortura por tortura.
Ya armada tiene su diestra
Y á la lucha se apercibe,
Sabed que la mision nuestra
Es el último *quien vive.*
Y creed que la rejente
Conjurará desde luego
La borrasca, si consiente
Acceder á nuestro ruego.
Permitid pues...—No entrareis,
Es imposible.—Es preciso;
Considerad que os perdeis.
—Yo mis órdenes no piso.
—¿De este modo obstruís el paso
Al pueblo? ¿no ois su grito?
¿Estais afiliado acaso

En ese bando maldito,
Que de podre forma un muro
Al rededor de los reyes
Paraque en lugar seguro
Puedan destrozar las leyes?
¿Quereis al pueblo hacer guerra?
Pues sabed que, á no tardar,
Este pueblo echará á tierra
La imájen con el altar.
Descubre vuestra falsia
Al trasluz de los amaños,
Y ha de vengar en un dia
Los ultrajes de cien años.
Esta víctima inocente
Es justo que alguna vez
Muestre radiosa su frente;
La víctima será juez.
Y entended que no hay quien tuerza
Ni altere su plan trazado,
Que ha de lograr á la fuerza
Lo que no logre de grado.—
Al mayordomo volvieron
La espalda los diputados;
La escalera descendieron
Y al pueblo se dirijieron

Asaz tristes y acuitados.
Y aguardaron en su azar
Que llegase una ocasion
Propia para encaminar
La quejumbre popular
A Cristina de Borbon.

ROMANCE IX.

De este modo á la rejente
La diputacion habló:
—En mal hora y torpemente
El trono español cercó
Una pandilla insolente.

En ocasion muy menguada
Provocasteis el encono
De esta nacion esforzada,
Que pudiera con el trono
Reduciros á la nada.
Del pueblo no sabeis ver
La inquietud y efervescencia,
Y él os hará conocer
Que al darle Dios su paciencia
Le dió tambien su poder.
Harto teme la nacion
Los cortesanos intentos,
Y no os pide sin razon
Que negueis vuestra sancion
A la ley de Ayuntamientos.
Negádsela, y desde luego
El pueblo os bendecirá;
Quizá en él renacerá
El entusiasmo de fuego
Que amortiguándose vá.
Insolente camarilla,
Como boa con sus roscas,
Os constriñe en vuestra silla,
Que ya, cual brilló, no brilla
Oro cubierto de moscas.

Que es de moscas el tropel
De cortesanos taimados
Que cercan vuestro dosel;
Van las moscas á la miel,
Y el trono es miel de malvados.
Su alma disfrazan impura
Con adulacion siniestra,
De su lealtad os dan muestra,
Y labrando su ventura
Dicen que labran la vuestra.
¿Porqué el que mucho blasona
De ser vuestro servidor,
Vuestro alcázar no abandona?
En el campo del honor
La fidelidad se abona.
Entre esa chusma, decid,
De infames liberticidas,
Cuyo incienso es un ardid,
¿Cuántos son los que en la lid
Se adornaron con heridas?
Siempre de la fimbria asidos
Esos soberbios señores
De vuestros réjios vestidos,
Se presentan aguerridos
No mas que en los tocadores.

Y si quereis afianzada
Vuestra corona tener,
Estad de bravos rodeada,
Que la corte debe oler
A pólvora y no á pomada.
Tampoco presteis audiencia
A las máximas insanas
De esos viejos de gran ciencia,
Que acaso deben mas canas
Al vicio que á la esperiencia.
Alagones y Torenos
En esta ocasion son vanos;
No busqueis sabios, si buenos;
Los Meternichs valen menos
Ahora que los Zurbanos.
En la lid no acreditados,
Vuestros palaciegos todos
Se presentan tapizados
De las manos á los codos
De brillantes entorchados.
¿Y entorchados han de usar?
¿Do los adquirieron? ¿como?
Solo los debe llevar
El bravo para tapar
Las roturas què abrió el plomo.

Que el que blasona de fiel,
En la guerra esclarecido,
Puestas por acero cruel
Mas cruces lleva en la piel,
Señora, que en el vestido.
Y sabed que esos campeones,
Veteranos infelices,
A cuyas nobles acciones
Vos debeis tantos blasones
Y ellos tantas cicatrices,
Os piden de su teson
En premio y de su lealtad,
Que guardeis á la nacion
La santa Constitucion,
Urna de su libertad.
Y este pueblo tan valiente
Que una ley se quiso dar,
Y la tuvo que comprar
De sangre con un torrente,
De lágrimas con un mar;
Este pueblo tan jigante,
Sin cuyas nobles hazañas,
De gloria Isabel radiante
No ocupára en este instante
El trono de las Españas;

No permitirá, señora,
Que le trateis cual vil grey,
Que no por mudar de rey
Luchan los pueblos de ahora,
Luchan solo por la ley.
Si Carlos, ese tirano
Que *por la gracia de Dios*
El cetro quiere en su mano,
Hubiese hecho lo que vos,
Carlos fuera el soberano.
Por los reyes solamente
Su sangre vierten aquellos,
Que ignoran muy torpemente
Que los pueblos actualmente
Saben pasarse sin ellos.
Muchos sueños de ambicion
La voz pública os imputa;
No desterreis la razon,
Que al subir un escalon
Para haceros absoluta,
Desplegará su fiereza
El pueblo zaragozano,
Y caerán en una pieza
Quizás el cetro y la mano
La corona y la cabeza.

Antes de dar otro paso,
Señora, pensadlo bien,
Que si os obstinais, acaso
Haya una lucha, un fracaso.....
Veremos quien vence á quien.—
Calla la Diputacion;
Cristina feroz asesta
Miradas de indignacion
Que la sirven de respuesta.
Su bella esperanza mengua,
Y son tantos sus enojos
Que paralizan su lengua,
Mas ponen lengua en los ojos.
Nada dice hasta que marcha
La Diputacion, y fria
Como una estatua de escarcha
Mas tiempo persistiria,
Si á su profundo estupor
No la arrancase muy luego,
Cerniéndose al rededor,
El enjambre palaciego.
La rejente se levanta;
Eco es su voz de sus penas:
« Puse en mal hora la planta
En esta ciudad de hienas.

En mis tormentos se goza,
Oigo siempre su murmullo;
Mas te juro, Zaragoza,
Que he de derribar tu orgullo.
Veo esta ciudad feroz
Como ve un reo una toga;
Aquí un rey no tiene voz,
Y esta atmósfera me ahoga.
Si se aviene, como espero,
Al gran plan que concebí,
Por su desdicha, Espartero,
¡Ay Zaragoza de tí!
Voy á dejar al momento
Este pueblo rebelado,
Que este pueblo es muy violento,
No sufre golpes de estado.»
Aquel viejo socarron
Que ya en el tercer romance
Dió á la reina otra leccion,
La dijo en esta ocasion:
—Es preciso á todo trance
El golpe de estado dar,
Poneos, Señora, en vela;
Y pronto debeis marchar
A Barcelona, do hay mar

¿Lo e tendeis? y ciudadela.

ROMANCE X.

El rival de la rejente,
El duque de la Victoria,
En Cataluña concentra
Toda la flor de su tropa.
Para pasarla revista

Junto á Lérida la forma;
No es tan negro el negro grajo
Como el caballo que monta,
Que enderezando su vela
Muestra su raza fogosa,
Y se ajita cual panpero (*)
Sobre una mar borrascosa.
Sus escarceos indican
Y sus vueltas bullidoras
Que lo enjendrára una chispa
En las andaluzas costas.
Cual densa lluvia de tinta
Caen sus crines, y borran
Las huellas de sus dos manos
Barriendo el suelo afanosas.
Por su jinete aguijado
Recorre la línea toda,
Mas veloz que en un torrente
El pétalo de una rosa.
¡Cómo se inflama el aspecto
De aquellas huestes heróicas,

(*) Pájaro negro que en el océano acompaña las tempestades.

Que imprimen do quier que pasan
El sello de la victoria!
De aquellos toscos semblantes
Barbas erizadas brotan,
A la manera de zarzas
En las grietas de una roca.
Ocupada está la brisa
Acariciando garzotas,
Que hacen rápidos regates
Al parecer desdeñosas.
Matizan el campamento
Plumas blancas, plumas rojas,
Que un vasto jardin remedan
De azucenas y amapolas.
Los cañones y morteros
Enseñan sus anchas bocas,
Nuncios de muerte que matan
Con las palabras que arrojan.
Un cañaveral espeso
Con aceradas panojas
Forman fusiles y lanzas,
Cuyas leves banderolas
Impacientes en las astas
Quieren dejarlas y flotan;
Son juntas mar de colores,

Cada una de ellas es ola.
Se va el sol reproduciendo
En todo casco que toca;
Cada casco es un sol nuevo
De do mil centellas brotan.
Reina un profundo silencio,
Cual si toda aquella tropa
Estuviese allí pintada,
O cual si fuese una sombra.
Luego se escucha el redoble
De una caja, y se coloca
En el centro de la línea
El duque de la Victoria,
Que absorve las atenciones,
Apenas abre la boca,
Con sus ojos que facinan
Y hablando con voz sonora:
« Esforzados veteranos,
Que do la planta llevais
De siervos y de tiranos
Con la sangre matizais
Ya los montes, ya los llanos;
Envidia vuestro teson
La mas denodada tropa;
Vuestro valor de leon

Esparce la admiracion
Por los ámbitos de Europa.
Tropezando á cada paso
Con la muerte, y sobre yelos
Tendidos en campo raso,
Quebrantado el cuerpo y laso,
Sin mas techo que los cielos;
Hambrientos todos estabais,
Y arrostrando riesgos muchos,
Tan solo os desayunabais
Con el polvo que tragabais
O el papel de los cartuchos.
Mas conseguisteis, la saña
Venciendo del furibundo
Bando que en sangre se baña,
Las bendiciones de España
Y la admiracion del mundo.
Con vuestra sangre nutrir
Quisisteis la libertad,
Y tal vez vuestra lealtad
Aseguró el porvenir
De toda la humanidad.
Porque de vuestras descargas
El eco es tan duradero,
Que no muere sin primero

Salvar las playas mas largas
Y dar vuelta al mundo entero.
Cuando se dispara un tiro
Para romper la cadena
Que la ley de un pueblo enfrena,
Todo trono da un suspiro
Que en todo pueblo resuena.
No hay trono que no se asombre
Al ver, camaradas bravos,
Que no luchais por un nombre;
Luchais por no ser esclavos,
Y esta causa es la del hombre.
El cañon del enemigo
Ya no en Cantabria retumba;
La muerte lleva consigo
Quien busca en Berga un abrigo
Que ha de convertirse en tumba.
En todas partes izemos
Nuestras triunfantes banderas,
Impávidos avancemos,
Y á los tigres acosemos
En sus guaridas postreras.»
Así dice el conde-duque,
Y las lágrimas que mojan
Los rostros de aquellos bravos,

Tambien las suyas provocan.
Que las lágrimas aquellas
No dejan de ser preciosas,
Aunque se enturbien surcando
Mejillas tan polvorosas.
¡Ah! las lágrimas del hombre,
Si de cariño son copia,
Son las perlas con que labra
El corazon su corona.
El entusiasmo traslada
De los pechos á las bocas
Aclamaciones inmensas
Al duque de la Victoria,
Quien divisando cien coches,
Desde el caballo que monta,
Mete la espuela, y volando
El campamento abandona.

ROMANCE XI.

I.

En un coche de camino
Marchan las reinas de España;
Espartero va á su lado,
Al trote las acompaña.
Aunque trota con viveza,

No le tiembla la palabra,
Circunstancia que acredita
Al galan que bien cabalga.
Haced trotar al bridon
Mientras el jinete fabla,
Que si la voz no le tiembla
De cabalgar habrá fama.
Con Cristina el conde-duque
Razona pieza muy larga,
Sin que una sílaba sola
Robe el trote con que marcha.
Es aquel razonamiento
Una lucha prolongada,
En que con mucho artificio
Cristina lazos prepara
Para cojer á Espartero
Como á la mosca la araña,
Atrayéndole á sus fines
Y liberticidas tramas.
Es sagaz el conde-duque,
Y evita con mucha maña
Las redes de la rejente
Que si las toca las rasga.
Y sin que ella lo conozca
La va prendiendo en las mallas

De la red misma con que ella
En prenderle á él se afana.
Aquella es lucha de astucia,
Muy graciosa por lo rara;
Tarde conoce Cristina
Que aquella mosca es araña.

II.

Cuando llegaron las reinas
Donde el ejército estaba,
Cien mil paladines vieron,
Todos formados en masa,
Que haciéndolas los honores
Les presentaron las armas
Victoriosas en Valencia,
Victoriosas en Navarra.
Cien músicas entonaron
Los himnos que en la campaña
Dan al corazon denuedo
Y dan á las piernas alas.
Mas no á Cristina le placen
Aquellas enhiestas lanzas,
Ni aquellos tersos fusiles,
Ni aquellas largas espadas,
Porque si bien á ellas debe
Que Isabel reine en España,

Hora teme que se opongan
A sus pasiones bastardas.
Quisiera hacerse absoluta,
Y al ver las altivas caras
Que endurecieron los soles
Los vientos y las escarchas,
Conoce que aquellos bravos
No atraerá á sus infamias;
Siente crecer sus zozobras
Y menguar sus esperanzas.
Sin embargo, si pudiera
Domar, corromper el alma
Del jeneroso guerrero
Con mas títulos y gracias,
Sin duda conseguiria
Que aquella tropa esforzada
Contra la patria volviese
Los aceros de la patria.
Que el duque de la Victoria
Tiene tal prestijio y fama
Que los mas independientes
Obedecen cuanto él manda.
¿Pero como corromperle?
La pandilla cortesana
Y la maligna rejente

Todos los medios y tramas
De que puede disponer
Toda una reina de España,
Sin poderlo conseguir,
Han apurado : no alcanzan
A sobornar al guerrero
Los ruegos, las amenazas,
Las bien tramadas intrigas,
Las bien dispuestas celadas.
En tanto su patria estima,
Que es su corazon un ascua,
Encendido solamente
Por el amor á su patria.
Ya títulos no ambiciona,
Ni otras distinciones vanas,
Porque en condecoraciones
Ningun magnate le gana.
Tampoco tiene sed de oro,
Porque esta ambicion tan baja
Que á muchos les da un cadalso
Y á muchos un réjio alcázar,
Muy raras veces se abriga
En el que busca una fama
Que trascienda á las edades
Siempre victoriosa y clara.

El duque de la Victoria
Tesoros aprecia en nada;
Permaneceria ileso
Entre el oro de la Arabia,
Como entre fraguas ardientes
O entre montones de lava,
Una túnica de amianto
O un cuerpo de salamandra.
Harto lo sabe Cristina,
Harto sabe que son vanas
Para arrastrarle á sus fines
Las dádivas y asechanzas.
Solo un recurso le queda:
Ha aprendido que en España
En pro del hermoso sexo
Se rompieron muchas lanzas.
Sabe que el brazo del fuerte
Robusto apoyo depara
A la mujer desvalida
Cuando humilde lo reclama.
Sabe que los españoles
Son hidalgos, entusiastas,
Y la sangre de sus venas
Pródigamente derraman
Para desfacer un tuerto,

De un desman tomar venganza,
O para acallar suspiros
Que triste beldad exhala.
Sabe que un buen caballero
Jamas á las leyes falta
Que ecsije la cortesia
Por las hembras inventada.
Pero la rejente ignora
Que no se heredó la espada
Del buen Bernardo del Carpio
Y el gran Amadis de Gaula.
Por esto se esfuerza en vano
En inventar nuevas farsas;
Lo que no alcanzó la reina,
No lo alcanzará la dama.
Cristina lanza un suspiro,
Y con un pañuelo lava
Sus mejillas recorridas
Por dos lágrimas forzadas.
Para prestarla un solaz,
Al verla tan apenada,
El conde-duque pregunta
Quien de sus cuitas es causa,
—Vos solo, duque, podeis.
La reina rejente dice,

Curar el mal que me haceis;
Cuando tan triste me veis,
Creéd, soy muy infelice.
Este pueblo rebelado,
Sin vos, volviera á la estaca
Con cien grillos amarrado:
Del mal que me habeis causado
Aun podeis ser la triaca.
—¡Callad, señora, callad!
¿Quereis que mi fuerte brazo,
Símbolo de la lealtad,
Arrebate del regazo
Del pueblo la libertad?
No lo alcanzareis jamas;
No lo ecsijais ¡vive Dios!
¿Yo contra mi patria?... ¡atras!
Que si mucho debo á vos,
A mi patria debo mas.
—¡Sois ingrato! ¿los favores
No recordais infinitos
Que me debeis? ¿los honores,
Las distinciones mayores
Y regalos esquisitos?
Aquella preciosa caja
Que es digna de un soberano

¿No os la dí yo con mi mano?
¡Cuántos reyes tal alhaja
Quizás desean en vano!
¿Y cuando mejor caballo
De réjia caballeriza
Sacó jamás un vasallo,
Como el que para montallo
Os dí, color de ceniza?
Grandes cruces teneis cien;
Sois de caudillos caudillo;
Sois conde y duque tambien;
Tan solo os falta en la sien
De réjia corona el brillo.
—Vuestra jenerosidad
Me probasteis de mil modos
Que es inmensa, esto es verdad;
Mas mis títulos tomad,
Señora, os los vuelvo todos.
Agraciasteis bien ó mal
A un caballero de honor,
Mas ved que os fuera fatal
El ver vuestra gracia real
Favoreciendo á un traidor.
Gloria que manchada está
No me deslumbra ni embriaga,

Y además conozco ya
Que cuando es el rey quien dá
Es siempre el pueblo quien paga.
—Sois un áspid que en el seno
Que le presta su calor
Derrama mortal veneno,
Y atormenta al bienhechor
Que le arrebata del cieno.
Si aun me estimais en algo,
Sabed, pues que teneis fama
De jeneroso y de hidalgo,
Apreciarme en lo que valgo
No ya reina, sino dama.
Un favor pediros quiero
Que negarme no podeis
Siendo cual sois caballero.....
—Hablad.—Decidme primero
Si me lo concedereis.
—Señora, como no se.....»
Y sin hablar mas palabra,
Caer temiendo en un lazo,
Vuelve á Cristina la espalda.
Y al frente de sus guerreros
Se coloca, y luego marcha
Dirijiéndose hácia Berga

Do nuevas glorias le aguardan.
¡Ah! si pudiera Cristina
Matarle de una mirada,
Mas pues que no le mató
Ninguna mirada mata.

ROMANCE XII.

En la capital sin par,
En cuyos pies de granito
Ruje sujeta la mar,
Cual monstruo de horible grito
Que es esclavo á su pesar;

En la jentil Barcelona,
Que en sus plantas y en su cima
Color azul ambicion,
Teniendo el mar por tarima
Y los cielos por corona;

El tesoro mas preciado
De las preciadas Españas,
Que permanece encerrado
En un sagrario formado
De mares y de montañas;

En Barcelona la bella,
En cuyo espacioso puerto
Brilla un faro como estrella,
Guiando al navío incierto
Con las luces que destella;

Se amontona tanta jente,
Que su circo amurallado
La encierra dificilmente,
Como si ella solamente
Contuviese el Principado.

Toda plaza, toda calle

Mil forasteros abarca;
Bien muestran su esbelto talle
Las bellas de la comarca,
Las del monte y las del valle.

Para gozar de las fiestas
Y ver á las soberanas,
Bien prendidas, bien apuestas
Comparecen las aldeanas
Luciendo galas honestas.

Cautivan sin liviandad,
Nada es al lujo debido,
Cual sucede en la ciudad
Do es el afeite beldad
Y la mujer un vestido.

Es su traje provincial
Una tradicion ilesa;
Su belleza es natural,
Y no se encuentra venal
En una tienda francesa.

Hacen sombra á sus semblantes
Piedras verdes, piedras gualdas,

Y en sus pendientes brillantes
A menudo á los diamantes
Se asocian las esmeraldas.

Dorado está su cabello
Por el sol de la campiña
Y en rizos besa su cuello,
Y en su rostro un clavel bello
Sus hojas de sangre apiña.

De franela es su mantilla,
Es blanca y cruje al prenderla;
Tiene una cinta en la orilla
Del mismo color y brilla
Cual manto de madreperla.

Bien termina en su cintura
Su jubon de terciopelo
Que en alto el pecho asegura,
Y en él resalta un pañuelo
De esquisita bordadura.

Es de indiana el guardapies,
Cuya fimbria la garganta
Va besando de sus pies;

Tan leve el delantal es
Que hasta un soplo lo levanta.

Es de fino tafetan,
Y de un breve lazo siervo;
Con media negra unas van
Como el plumaje del cuervo,
Zapato de cordoban.

Otras lo llevan de seda
Y medias de color blanco
Que no hay cisne que lo esceda,
Cuando mas límpio se queda
En la márjen del estanco.

De sin igual hermosura
Muchas de la costa se hallan
Que asocian en su figura,
Con que rinden y avasallan,
El orgullo y la dulzura.

Y aunque es áspero el idioma
Que su pais las legó,
Tal miel en su labio toma
Que mas dulce nunca habló

La de Venecia y de Roma.

¡Con que igualdad y compas
Dan un paso y otro paso!
¡Ah! ¡quien resistió jamas
Una chinela de raso!
¡Quien no la siguió detras!

Una bella de marina
Siembra amores mientras anda;
Cubierta de seda fina
Muestra la pierna divina,
Y las enaguas de Holanda.

Y su marcha majestuosa
Es del deseo tormento,
Porque al verla tan graciosa
Rejistran vedada cosa
Los ojos del pensamiento.

Es fósforo del pecado,
Es yesca del apetito
Que en el pecho mas helado
Prende el amor y encerrado
Lo deja y con lava escrito.

Como la abeja lijera
Cintura tienen delgada;
Es bien hecha la cadera,
Larga, espesa y atezada
La bruñida cabellera.

¡Cuantos ojos apacientan
En su delicado traje!
¡Que deseos no alimentan,
Si en su pañuelo de encaje
Sus pomas se transparentan!

Las calles forman un cauce
De pisaverdes enhiestos,
Que admiran los brazos puestos
Bajo las asas de sauce
De pulidísimos cestos.

Desde los altos balcones,
Cubiertos de colgaduras,
Derraman murmuraciones
Desdeñadas hermosuras
De celosos corazones.

La habitante de la aldea

Con la de la ciudad lidia,
Y en tan reñida pelea
La que por desgracia es fea
Vierte veneno de envidia.

Ven las de la capital
Ajada su aristocracía;
A su costoso brial
Ven preferida la gracia
De unas sayas de percal.

Las hijas de Barcelona
Con sus atavíos ricos
No se llevan la corona;
No valen cien abanicos
Un cesto de Badalona.

Es hermoso ver colgado
Tanto balcon y ventana,
¡Cuanto lienzo recamado!
¡Cuanto damasco pintado!
¡Cuanta seda y filigrana!

Para el sudor enjugar
Las reinas que su sien baña,

Se apean antes de entrar,
Encontrando en buen lugar
Una tienda de campaña.

Es la tienda á la lijera,
Con listas blancas y azules;
Junto está á la carretera,
Y su sombra placentera
Le ofrecen cien abedules.

Su pavimento tapizan
Alcatifas de valor;
Tiene un lindo tocador,
Y mil soldados erizan
Sus armas al rededor.

Despues de haberse tocado,
Con toda su servidumbre
Marchan las reinas, cercado
Su coche precipitado
De una inmensa muchedumbre.

Las saludan desde luego
Las fortalezas altivas
Con sus mil bocas de fuego;

Y á los cañonazos ciego
Asocia el pueblo sus vivas.

Con tonos roncos y agudos
Van cantando las campanas,
Que forman conciertos rudos
Y tributan sus saludos
A las nobles soberanas.

¡Pobre pueblo! negro emblema,
INRI mofador le infama;
Flores esclavo derrama,
Incienso á sus reyes quema.....
Y *soberano* se llama.

Mirad como se ilumina
Con la luz de la esperanza
El semblante de Cristina,
Mientras su carroza avanza
Y entre vítores camina.

Al ver un arco triunfal
Que le erijió Barcelona,
Cree en esta capital
Encontrar el pedestal

De la altura que ambiciona.

Embriagada con la gloria
De que se siente ceñida,
Piensa trocar en escoria
La gloria bien merecida
Del duque de la Victoria.

No sabe, no, que el prestijio
Que tanto ciega y embriaga
Es una chispa que vaga,
Y sin que deje vestijio
Apenas nace se apaga.

En Barcelona su plan
Y sus tendencias altivas
Coto invencible hallarán,
Y las salvas y los vivas
En mueras se trocarán.

Mucho fia en las almenas,
Que amasó de un rey la saña
Con sangre de nuestras venas
Para forjar las cadenas
De todo el resto de España.

Y para dar mas cimientos
A su popularidad,
Que pasará cual los vientos,
Si dá sancion su maldad
A la *ley de Ayuntamientos;*

Se presenta mas sumisa
Cuando mas siervos desea,
Y con maligna sonrisa,
Si el pueblo la vitorea
Le mima mientras le pisa.

Al lado de la rejente
Marcha á caballo un guerrero
Que razona altivamente;
Bien dice su rostro fiero
Que es su corazon valiente.

Su brazo ha sido fatal
A los tiranos do quier;
Le hizo su pecho leal
En España brigadier
Y en Béljica jeneral.

Cristina, que su carroza

De ocho caballos tirada
Manda que marche pausada,
Porque altanera se goza
En ver chusma prosternada,

Con placentero talante
Al bravo paladin habla
Que la acompaña arrogante,
Y un diálogo interesante
De esta manera se entabla:

—Mucho, brigadier, me agrada
Así verme recibida
De esa jente entusiasmada;
¿Que te parece mi entrada?
—Falta ver vuestra salida.

—¿Que intentas decir? ¿tambien
Mi suerte auguras fatal?
¿Que rey entró con mas tren?
—A veces se entra muy bien,
Pero se sale muy mal.

—Tus labios me dejan yerta.....
Pero no ¿que me amilana?

Por verme el pueblo se afana...
—Yo he visto entrar por la puerta
Y salir por la ventana.

Es el pueblo como el mar;
Pacífico y soñoliento,
Ni se atreve á murmurar,
Luego dispierta violento
Y espanta oirle bramar.

Al pueblo engañar quereis
Y el pueblo quiere engañaros;
Este gozo que en el veis
Es solo para apartaros
Del deseo que teneis.

Vos os sonreis en tanto
Para arrancarle la ley,
Y este amaño le da espanto;
Siempre el pueblo ve su llanto
Junto á la risa del rey.

Mirad sino al rededor,
Contemplad esas tablillas
Que sé os causarán dolor,

¡Quisiera vuestro furor
Hacerlas todas astillas!

¿Quereis saber lo que son?
Con letras grandes y bellas
Hay de la Constitucion
Los artículos en ellas...
¿No conoceis la intencion?

Aquí el pueblo soberano
Las colocó solamente
Para señalar prudente
El camino con su mano
Que ha de seguir la rejente.—

La rejente palidece,
Luego la sorisa esconde,
Que en sus labios desfallece;
Ya con ella no responde
Al que vítores le ofrece.

ROMANCE XIII.

—Berga tambien ha caido;
Señora, tan grata nueva
De vuestro pecho acuitado
Debe desclavar las penas.
¿A los secuaces de Cárlos

Ya que esperanza les queda?
Destrozados en Navarra,
Fujitivos en Valencia,
Los que asilo no buscaron
En orillas estranjeras,
Han encontrado su tumba
En las murallas de Berga,
Donde dió el bando de Cárlos
La bocanada postrera.
¿Que mas quereis? vuestra hija
Afianzada en su cabeza
Ya no ve oscilar ahora
La poderosa diadema.
La España canta victoria:
Todo son zambras y fiestas;
Los himnos de paz suceden
Al estruendo de la guerra.
Las madres que desoladas
En las batallas sangrientas
A su patria consagraron
De sus hijos la fiereza,
En la esperanza hoy se gozan
De recobrar tales prendas,
Pedazos de sus entrañas
Arrancados á la fuerza.

En las mejillas retoñan
De las amadoras tiernas
Las rosas que deshojaron
Los rigores de la ausencia.
A menudo en sus ensueños
Su amante se les presenta;
Pronto volverán á verle,
Y lavarán halagüeñas
Con sus besos el semblante
Que empolvaron las peleas.
Y mientras refiera el bravo
Sus riesgos y sus proezas,
Sin órden y sin concierto
Como el entusiasmo ordena,
Legalizará su historia,
Presentando como prueba
Cicatrices que abrió el plomo,
La lanza ó la bayoneta.
La relacion palpitante
De sus trabajos y penas
Horrorizará á menudo
A su idolatrada bella,
Y una caricia del bravo
La volverá placentera,
Cuando el coral de sus labios

Se convierta en madreperla.
Ella contará las cintas
Y distinciones que cuelgan
De aquel pecho, monumento
De mil hazañas y empresas,
Y contemplará arrobada
Con sus ojos de gacela
El semblante retostado
Del valiente que las lleva.
¡Oh! ¡son tan tiernas, señora,
Tan bellas esas escenas
Que en las amantes y madres
Borran del dolor las huellas!
Por esto madres y amantes
Al pacificador cercan;
Su brazo heróico bendicen,
Su mano triunfante besan.
El que á la tierra da paz
Es como un Dios en la tierra;
Sobre él llueven bendiciones;
Las rosas, las azucenas,
Que en su cuna de esmeralda
Mecen las brisas lijeras,
Para coronar al héroe
Abandonan las florestas,

Y con su color le adornan
Y con su aroma le inciensan.
En sangre humana empapados
Surca los campos la reja,
Y con los huesos del bravo
Tal vez tropieza y se mella.
El arador se estremece,
Recientes males recuerda,
Y agrestes himnos consagra
Al que dió fin á la guerra.
¿No es cierto que el conde-duque
Es como un Dios en la tierra?
¿No es verdad que es un santuario,
Señora, la España entera?
—¿Que me importa? no soy yo
La imájen que él se encierra.
¡Ay! á espensas de mi gloria
Su gloria el duque alimenta,
Pues mientras la suya crece
Veo que la mia mengua.
—Aun de recobrar es tiempo
Aquella fama tan tersa
Con que en el trono brillabais
Un dia como una estrella.
¿Quién no besó vuestras manos,

Cuando se abrieron las puertas
De la suspirada patria
A los que á playa estranjera
Arrojó, náufragos tristes,
La política tormenta?
Sed ahora, como entonces,
Madre bondadosa y tierna,
Y será para ensalzaros
La España toda una lengua.
—Eso no, que ya eché el guante
Y la nacion no me arredra;
Cada lágrima que vierto
Le costará una cadena.
—Ved que Espartero recoje
Guantes que los reyes echan,
Y armado con su prestijio
Es muy posible que os venza.
—¡Miserable! ¿qué me importan
Los timbres que le rodean?
Circundadas de laureles
Tambien caen las cabezas.
—Es muy cierto, y tambien caen
Ceñidas con la diadema.
—La plaza de la Cebada
Vió á Riego sobre una estera.

—Sabe muy bien el verdugo
Cuanto la cabeza pesa
De Luis XVI de Francia.
—¡Esta historia es lastimera!
Es una historia muy triste...
Jeneral, no me hables de ella.
¡Morir un rey como muere
Un bandolero! ¡que afrenta!
Un nieto de san Luis
Tiñió con su sangre rejia
La profana guillotina
Que cien ladrones tiñeran.
Hablemos de jenerales,
Cuenta la horrible trajedia
Del desventurado Riego...
—Esta historia es lastimera,
Es una historia muy triste...
Señora, no me hableis de ella.

ROMANCE XIV.

Con el jeneral Valdes
Del de la Victoria amigo,
Pues de sus hazañas es
Admirador y testigo,
La rejente platicaba,

Cuando vió en su propio estrado
Una persona que entraba
Sin anunciarla un criado.
¿Quien es ese que insolente
En el interior se cuela?
¿Como entró tan libremente?
¿Se durmió la centinela?
¿Porqué al mirarle Cristina
Da muestras de turbacion,
Y en sus ojos se adivina
Lo que siente el corazon?
¿Quien es ese? ¿porqué en pos,
Como lacayos serviles,
Le van siguiendo otros dos
Cubiertos de perejiles?
¿Quiénes son esos? su traje
Con su actitud dice mal;
Esta indica vasallaje,
Aquel poder colosal.
¿Quienes son esos?... ¡Bajeza
Digna apenas de un corchete!
Esos dos tienen nobleza;
Son jente de alto copete.
Es un ministro uno de ellos,
Otro, embajador frances;

De cien grandes los cabellos
Limpian sus altivos pies.
Y ambos soberbios, ufanos,
Con su casaca dorada
Se humillan como gusanos
Ante un hombre que ni es nada.
Pero este nada, este hombre
De poquísimo valor,
Sin títulos y sin nombre,
Ha de Cristina el favor.
Que en las cortes á menudo
Importancia tiene un cero,
Y el señor mas copetudo
Puede menos que un cochero.
Ese es Muñoz, el hermano
De aquel Fernando Muñoz,
Que á Cristina dió la mano
Segun la pública voz.
Del tropiezo de un caballo
Nació el amor de Cristina
Y la suerte de un vasallo:
Esta historia es peregrina.
Es fama que la rejente
Salió en carretela un dia
Custodiada por su jente

De conocida hidalguía.
Los guardias de corps al lado
Sobre soberbios trotones
El curso precipitado
Seguian de ocho bridones,
Todos de altivo linaje,
Larga crin, enhiesta vela,
Que, ajitando su plumaje,
Tiraban la carretela.
Un caballo tropezó
Entrando en una vereda;
La carretela saltó
Y perdió el eje una rueda.
Lanzó Cristina alaridos,
Y los pechos mas serenos
Se mostraron conmovidos;
No era el caso para menos.
De una reina la caida,
Aunque no le cause mal
Que haga temer por su vida,
Es siempre agüero fatal.
Para abrir la puertecilla
Un guardia de corps veloz
Se tiró desde la silla...
Era Fernando Muñoz.

Del riesgo á Cristina arranca,
En brazos la saca fuera;
Cristina estaba tan blanca
Como una imájen de cera.
Pero pronto su semblante
Cobró rosado color;
Variaciones de un instante
Que sabe obrar el amor.
Muñoz su brazo le ofrece;
Cristina no le desdeña,
Siente una llama que crece,
Y contemplando risueña
Al caballero felice,
Con sus ojos insinuantes
Lo que calla el labio dice;
La vista es lengua de amantes.
Y hay quien cuenta que apretaba
Ardiente el brazo derecho
Del hombre en quien se apoyaba
Contra su ajitado pecho.
Y estaban los dos unidos,
Enlazados de tal modo
Que él media los latidos
Del corazon con el codo.
¿Quién amando se vió amado,

Y dando el brazo á su bella
Con el codo no ha contado
Las palpitaciones de ella?
¿Mas prende en el corazon
Del amor la viva llama,
Si el hombre sueña ambicion
Mientras contempla á su dama?
Cristina amante suspira,
Consagra á Muñoz su ser,
Y Muñoz en ella mira
La reina y no la mujer.
Ciega la rejente ignora
Que esta pasion es su mengua,
Y que irá su fama ahora
Manchada de lengua en lengua.
El pueblo murmurador
Desde aquel dia inclemente
Va divulgando el amor
De Muñoz y la rejente.
Desde entonces á los dos
Se les ha visto en un coche,
Sin mas testigo que Dios,
Salir de Madrid de noche.
Y él fué por ella nombrado,
Bien se trasluce el objeto,

Su secretario privado,
Y para mayor secreto
Contiguo á la alcoba de ella
Se le destinó al hidalgo
Una habitacion muy bella...
Esto quiere decir algo.
De entonces un alfiler
De riquísimos diamantes
De Muñoz está en poder,
Y era de los reyes antes.
De entonces regalos cien
Sobre el galan han llovido,
Que de entonces gasta el tren
Del magnate mas valido.
Y no pocos han contado
Y repetido á porfia
Que nunca está en el estrado
Cristina sin compañía.
Que el amor la condenó
A tener de amor testigo,
Testigo que nadie vió
Y ella lo lleva consigo.
El pueblo cuenta porque
Se hace esclava, fuertemente
Atacándose el corsé,

Toda una reina rejente.
Y algunos, que observan mas,
Dicen que su brial flamante
Mientras crece por detras
Va menguando por delante.
Tal vez sea una injusticia,
Pero, viendo su grosor,
Dice el mundo con malicia:
Ved lo que puede el amor.
Esta historia es peregrina;
El tropiezo de un caballo
Tropezar hizo á Cristina
En las gracias de un vasallo.
No es pues raro que el hermano
De Muñoz con la rejente
Razone muy liso y llano:
Tiene sobre ella ascendiente.
Con franqueza sin igual
Penetró en el réjio estrado;
Su franqueza es natural,
Que es franqueza de cuñado.
Una mirada de fuego
Lanza al jeneral Valdes,
Y cual toros quedan luego
Mirándose de traves.

—Señora, dice Muñoz,
No me trateis de indiscreto,
Si cual lo ecsije mi objeto
Os habla franca mi voz.
En tan críticos instantes
Escuchadme con ahinco;
Mas ved que aquí estamos cinco
Y cuatro somos bastantes.
Jeneral, ¿me comprendeis?
—Os comprendo demasiado,
Pero estais equivocado
Si ofenderme así creeis.
Desconfianza os infundí,
Y esta desconfianza vuestra
Que buen concepto me muestra
Habeis formado de mí.
Del que obra bien desconfia
El que desea obrar mal;
Pues bien, desconfianza tal
Ya veis que es en honra mia.
Quereis contra la nacion
Conspirar con vuestra influencia,
No os agrada mi presencia,
Y á fé que teneis razon.
Teneis razon y de sobras,

Que rompieran los leales
Vuestras tramas infernales,
Vuestras infernales obras.
Quedad con Dios, cortesanos,
Y vos, rejente, temed
Presa quedar en la red
Que construyen vuestras manos.
Que al pueblo alguna vez plugo,
Provocándole su encono,
Hacer cadalso del trono,
Y hacer reo del verdugo.
Que si seguís de reata
Al que desconfianza inspiro,
Tened cuidado que el tiro
No os salga por la culata.—
La rejente palidece,
Valdes se va, y le acompaña
Hasta que desaparece
Una mirada de saña.

ROMANCE XV.

No bien Valdés del estrado
Ha salido, que tras él
Por la gran puerta golpeado
Se ha estremecido el dintel
Y hasta el arteson dorado.

Libre respira Cristina,
Quedando solo los tres
Cuyo proyecto adivina,
Y cual sierpe la fascina
El embajador frances.

Que este, en nombre de su rey,
Para abatir la arrogancia
De Espartero, con jactancia,
Aunque lo impida la ley,
Promete ausilios de Francia.

Y mientras los cuatro están
Arrancando á la nacion
La santa Constitucion
Que se compró con su afan,
Con sangre del corazon;

En un corcel caballero,
Corcel hermoso y de brio,
En Barcelona Espartero
Entra en medio de un jentio
Que le acoje placentero.

Hace su entrada triunfal

Y la concurrencia es mucha,
Y un aplauso universal
Saluda al gran jeneral
Que puso fin á la lucha.

Pacificador de España
Le llama el pueblo afanoso,
Y á caballo le acompaña
Linaje, su laborioso
Secretario de campaña.

Rebullendo en el camino,
Movido de sus deseos,
Forma el pueblo un torbellino,
Sin temer los escarceos
Del ferrado granadino,

Que va marchando de lado
Entre aquella multitud
Y concurso alborozado,
Que muestra al héroe esforzado
Su entusiasmo y gratitud.

Y aunque es este en el mirar
Muy aterrador y fiero,

Pues si no tuviese acero,
Los ojos para triunfar
Le bastarán á Espartero;

Cuando en su torno sumisa
A la multitud contempla,
Cual calma el sol una brisa,
Sus fieras miradas templa
Una apacible sonrisa.

Los vítores oye ufano
De la jente entusiasmada;
Do quier halla un ciudadano
Que quiere besar su mano
O que bendice su espada.

Tiene el sol mil reverberos
En las corazas bruñidas
De los bravos coraceros
Y en las cien lanzas temidas
De cien valientes lanceros.

Vestidos de azul y grana
Húsares de la princesa
Van junto á los de Luchana,

Cuya barba luenga, espesa,
Llena de polvo, amilana.

En pos del héroe triunfante
Marchan todos muy despacio,
Y el caballero arrogante
Detiene el bridon delante
De las puertas de palacio.

Allí se para y se apea,
Y no percibe embebida
Cristina en su negra idea
A la turba enardecida
Que al guerrero vitorea.

—¿Quien dicta al pueblo la ley?
Dice Muñoz altanero,
¿Quien en España es el rey?
¿Es Cristina ó Espartero?
—Callad; rejente soy yo.
—Pues bien, si sois la rejente
Sancionad..... —No quiero, no
Que no lo juzgo prudente.
—¿Ante Espartero temblais?
¿Reina rejente os decís?

Si; sois reina y no reinais...
Sois rejente y no rejis.—
Luego el frances altanero
Esclama con arrogancia:
—Si tropas tiene Espartero
Tropas tiene el rey de Francia.
Si mas que vuestro deseo
Puede un soberbio soldado,
Pronto estará el Pirineo
De franceses coronado.
Nada temais; sancionad
Esta ley de Ayuntamientos
Tan necesaria...—Aguardad
—Son preciosos los momentos.
Esté, cuando el duque llegue,
El proyecto sancionado,
Y dejad despues que os niegue
Su apoyo tan decantado.
—¿Y el pueblo?—Se le encadena
Con vuestra tropa muy bien,
No debe eso daros pena.
—Y si la tropa tambien...
Jamas, jamas...—¡Vive Dios!
¿Sabeis lo que son soldados?
¿Quien da los empleos? vos;

Conferid algunos grados
Que halaguen las ambiciones,
Pues las causas populares
Siempre en cuestion de galones
Las truecan los militares.
Así se hace en Francia al menos.
—Tambien así se hace aquí.
—¿Y estos medios no son buenos?
—¡Oh! por supuesto que sí.
Mas sabed que acá en España
Hombres se hallan con frecuencia
Concienzudos.—¡Cosa estraña!
¡En estos tiempos conciencia!
¿Y esos hombres que decís
Son militares?—Si cierto.
—¡De que jentes os servís!
Señora, me dejais yerto.
Para sosten de las leyes
Buscad varones honrados,
Mas para apoyo de reyes
Creó Dios á los malvados.
Malvados debeis buscar
Sin conviccion, mercenarios,
Que sirvan lo mismo al Czar
Que á vos..... segun los salarios.

—A muchos he corrompido
Con el oro y el soborno,
De malvados me he ceñido,
Muchos medran en mi torno.
Pero muchos han mirado
Con indiferencia el oro,
Despreciando todo grado,
Toda promesa y tesoro.
Y mientras haya en los pechos
De españoles tal lealtad,
Vanos serán los cohechos...
—Poco importa, sancionad.
—Mas ¿no veis que si sanciono
Este proyecto fatal,
Tal vez se estrelle mi trono
Contra el poder colosal
De ese ejército aguerrido
Y este pueblo de leones,
Cuyo tremendo rujido
Retumba en estos salones?
—Leones en Francia hay tambien
Que vendrán á defenderos,
Lucharán mil contra cien,
Y lucharán carniceros.
Muchos serán destrozados

En sus sangrientos enconos;
Mas no importa, los finados
Son las cuñas de los tronos.
—¿Y para hacerme absoluta
No tengo otro medio?—No;
Este medio es sin disputa
El mejor.—Pues ¿qué hago yo?
—Sancionad, que esta sancion
Lo mas popular rebaja
Que hay en la Constitucion;
Es del pueblo la mortaja.
—¿Y es el éxito seguro...
—Pues ¿no ha de ser? ¿lo dudais?
De mi rey en nombre os juro
Que con la sancion triunfais.
—Pues bien, el proyecto dadme,
Lo sancionaré al momento.—
Un rayo de gozo brilla
En los sombríos aspectos
De los palaciegos viles,
De su victoria contentos.
Los tres inmóviles quedan,
Los tres quedan sin aliento,
Temiendo que se retraiga
La rejente de su objeto.

Tiene Cristina en sus manos
El malhadado proyecto,
Y apenas á poner va
Su firma y funesto sello,
Se abre del salon la puerta
Y se presenta un guerrero
De belicoso semblante,
Arrogante y polvoriento.
Tiembla la rejente al verle,
Y los viles palaciegos
Quedan yertos, hablar quieren,
Y no encuentran el acento.
Bien se conoce quien es
Este heróico caballero;
Es Espartero, que intenta
Interceder por el pueblo.
Conoce la peripecia
Que ha producido, y sonriendo
A la rejente saluda,
Y luego rompe el silencio:
—Señora, Muñoz con vos,
Y el embajador frances...
Está bien ¡vaya unos dos!...
Y un ministro... ¡vive Dios,
Señora! ¡vaya unos tres!

ROMANCE XVI.

El conde-duque á Cristina
Audiencia secreta pide,
Y ella condesciende al punto
A lo que el guerrero exije.
Manda á Muñoz y á los otros

Mal su grado se retiren;
Todos se van desde luego,
Pero murmuran al irse.
A la rejente al marcharse
Una guiñada dirijen
De secreta intelijencia
Que Espartero bien concibe,
Pues con amargo sarcasmo
Levemente se sonrie,
Y Cristina se sonroja
Viendo sorprendido el crímen.
—Bien venido seais, duque,
Para decir algo dice,
Caballero el mas cumplido
De la patria de los Cides.
Sois, hidalgo, bienandante,
No hay uno que no os envidie,
Siempre volveis sano y salvo
De las lides mas terribles.
Sin duda que vuestra madre,
Como la madre de Aquiles,
Os sumerjió en algun lago
De virtud incomprensible.
Sois sin duda invulnerable;
Plomos y lanzas en ristre

Se embotan en vuestro cuerpo
Y nunca alcanzan á herirle.
—Sin embargo, muchas veces,
Y estraño que esto se olvide,
Mi sangre transformó en lodo
Las arenas de las lides.
Yo estoy bien recompensado,
Pero hay muchos infelices
Que, mientras yo y otros varios
Contamos cruces á miles,
Para acreditar sus glorias,
Sus hechos de armas insignes,
Cuentan, en lugar de cruces,
Anchas y hondas cicatrices...
—Pero vamos al asunto,
Hablad, ¿qué quereis decirme?
Mas, segun vuestras palabras,
No es mucho que lo adivine.
Recuerdo que varias veces
Ante la nacion dijisteis,
Que luego de terminadas
Las disensiones civiles,
Anhelabais retiraros,
Vivir oscuro y humilde,
Contento con ser alcalde

Del villorio en que nacisteis.
Gracias á vuestro denuedo,
Los rebeldes ya no ecsisten;
Vedles muertos ó emigrados
En estranjeros paises.
El trono está asegurado,
Mi cuñado en Francia jime,
Y no hay poder en el mundo
Que la guerra resucite.
Por esto venís ahora
En recompensa á pedirme
Que os permita retiraros
Dó descanseis de las lides.
Vuestra demanda por justa
No deja de ser sensible,
Pues negárosla no puedo
Porque sois vos el que pide.
Vos no sabeis cuanto os quiero,
Mi boca siempre os bendice,
Sois el sosten de mi trono,
La prez de mis paladines.
No os retireis, conde-duque.....
¡Me dejariais tan triste!
—No lo intento por ahora;
Mi deber no lo permite.....

—Con todo, si os empeñais.....
—No, no me empeño.—Si insiste
Vuestro lábio en la demanda.....
—¡Os dejaria tan triste!
—(¡Que socarron! no hay remedio,
¡Ha jurado perseguirme!)
Con que llevais otros planes.
Duque, ¿no es verdad? decidme.....
—Solo quiero que mi pueblo
Me haga alcalde y no es posible.
No me comprendeis ahora?
—Hoy estais incomprensible.
—¿No habeis leido el proyecto
De Ayuntamientos, que dice
Que no serán por los pueblos
Los alcaldes elejibles?
Conoceis pues que mi pueblo
No puede alcalde elejirme,
A no ser que vos, señora,
Conociendo los ardides
De esos viles palaciegos,
Serpientes que el trono ciñen,
Os hagais cargo que el pueblo
Aborrece al que le oprime.
Y es cordero si le amañan.

Sí le exasperan es tigre.
—Si ambicionais ser alcalde,
Y nueva ley no permite
Que confieran hoy los pueblos
Estos cargos concejiles,
Alcalde sereis con todo,
Que esto solo en mi consiste,
Y cuanto de mi dependa
Haré por vos.—Muy humilde
Os doy las gracias, señora,
Vuestros obsequios me rinden.
Yo deseo ser alcalde
Pero si el pueblo me elige,
Que ya no hay gracias de reyes
Que me alhaguen ni alucinen.
Son un cebo seductor
Que cuesta caro á menudo,
Y debe el hombre sesudo
Huir la red del favor.
Yo bien conozco este enredo
Y estos blasones de España;
Si uno debo á propia hazaña,
Debo mil á ajeno miedo.
Mil cruces os plugo darme,
Tres títulos concederme,

¿Quisisteis favorecerme,
Señora, ó solo comprarme?
Me habeis colmado de grados,
Dios sabe con que intencion,
¿Quereis dar á la nacion
Verdugo con entorchados?
Portugal, Francia, Inglaterra,
Tal vez enemigos todos,
Han premiado de mil modos
Mis grandes hechos de guerra.
Mas para mi son vil alga
Estos premios de cohecho ,
Que cubren todo mi pecho
Y uno sobre otro cabalga.
Del que tiene corazon
Que con entusiasmo late,
La gran condecoracion
Es el polvo del combate.
Y el mayor premio del hombre
Que da la paz con la guerra
Es grande como la tierra,
La ocupa toda, es su nombre.
¿Acaso me honra el toison
Que me habeis dado, señora,
Si como á mi condecora

A ese jeneral Tacon,
Que cuando plomo llovia,
Cuando el mortero tronaba,
El en América estaba?
Y preguntadle que hacia.
¿Y que hacia ese Cleonard
Y otros muchos alimañas?
Responded, en que campañas
Se han sabido acreditar?
¿Y esos son vuestro sosten,
Señora, vuestros mimados?
¿Y de honores tapizados
Nos los presentais tambien?
Y esos valientes de Lonja
Que con mercantil proeza
De la Nacion la riqueza
Absorven como una esponja,
Son de los reyes mimados,
Y se premia todavia
Su santa filantropia
De empobrecer los Estados.
Yo con corazon valiente,
Fuerte brazo y limpio acero,
No mas confundirme quiero
Con esa chusma insolente.

No mas títulos de reyes,
Aunque en aras del deber,
Inmolado deba ser
Apoyo dando á las leyes.
Yo se bien que si quisiera
Adunarme á vuestro intento,
A mis títulos sin cuento
El de príncipe añadiera.
Pero no quiero, y sabed,
Si el proyecto sancionais,
Que indiscreta os colocais
Entre el hierro y la pared.
—¿Me amenazais? ¡caballero!
—Os hablo como un amigo;
Pensad bien que es lo que digo
No amenaza sino agüero.
La sancion os arrancaban
Ahora mismo esos tres
Personajes de entremes,
Que con vos representaban.
¡Estúpidos palaciegos!
Decidles que sus guiñadas
Sean mas disimuladas,
O se acreditan de legos.
Esas damas remilgadas

Ni provocan mis enojos,
Pues juegan tan mal los ojos
Como juegan las espadas.
Señora, obrad con prudencia;
De este golpe meditad
Que ó cae la libertad,
O cae vuestra rejencia.
—¿Que hacer en conflicto tal?
¿Que aconsejais?—Lo sabeis,
Que vuestra sancion no deis
A ese proyecto infernal.
—Asi lo quereis, pues sea,
Pero sabed que no cedo
A los peligros ni al miedo
De una reñida pelea.
Que tengo para dejar
Ileso el orgullo mio
Del rey de Francia, mi tio,
Las fuerzas de tierra y mar.
—Vengan de mar ó de tierra
Al encuentro les saldremos;
Valor y razon tenemos;
Si quieren guerra habrá guerra.
Mil veces ha visto el sol
Con inaudita arrogancia

Contra el águila de Francia
Luchar el leon español.
En fin, ¿cedeis vos ahora
A mis pretensiones?—Si
Cumpliré lo que ofrecí.
—Os lo agradezco, señora.—
Contento con la promesa
Se va, que jente tan alta
Nunca á su palabra falta.....
Sino cuando le interesa.

ROMANCE XVII.

I.

Al duque de la Victoria
Con serenatas alegres
Festejan alborozados
Los libres barceloneses.
Apenas llega la noche,

Bulle y rebulle la gente
Ante la casa do el duque
El alojamiento tiene.
Es tan brillante el concierto,
Que de armonía un torrente
Recorre la muchedumbre
Y entre vitores se pierde,
A la manera del rio
Que sonoro se desprende
Y su murmullo en las olas
Del mar que brama fenece.
Se oyen nacionales himnos
Que de entusiasmo son gérmen,
Que aunque siempre se escucháran
Parecieran nuevos siempre.
Hay músicas inspiradas
En cuyas notas se envuelve
La voz de Dios, y por esto,
Cual la voz de Dios, no mueren.
Resuena el himmo de Riego
De cuyo coro parece
Que está asida la victoria
Y corazones enciende.
Se oye la graciosa jota,
Con que los aragoneses

Galantean á las bellas
Y doman á los valientes.
En un balcon está el duque
Con otros caudillos fieles
Que su pueblo ver anhelan
Feliz, libre, independiente.
¡ Pobre pueblo ! mientras tanto
Que afanoso se divierte,
¿Que hace Cristina en palacio?
Es ya media noche ¿duerme?
¡ Ah ! no duerme ¡ pobre pueblo !
Tal vez dormida la crees,
Y no duerme que conspira
Con otras zorras aleves.
Mientras tu ries y cantas,
Da su sancion la rejente
Al proyecto aborrecido
Que menoscaba tus leyes.
Rie, pueblo, rie y canta,
Que mientras tu te diviertes,
En un salon de palacio
Te estan fraguando el grillete.
Reid vos tambien, buen duque,
Pronto sabreis que los reyes
Nunca á su palabra faltan

Sino cuando les conviene.

II.

Circula por la ciudad,
Apenas el sol la alumbra,
La imprevista novedad
Que á todos apesadumbra
Como gran calamidad.

Los infames conjurados,
Contrarios de la nacion,
Se muestran alborozados,
Porque ven con la sancion
Los fueros del pueblo hollados.

Los pueblos ven pretensiones
De trocar en farsa vana
Sus santas instituciones,
Y sufren como leones
Rendidos por la cuartana.

Cristina en coche pasea
Desde la aurora á la noche,
Y cuando aplausos desea,
Huyen todos de su coche
Y nadie la vitorea.

Quien de hito en hito la mira
Cual mira el toro al torero;
Quien al mirarla arde en ira;
A todos desprecio inspira;
Nadie se quita el sombrero.

Todo el pueblo está callado;
Tan solo escucha Cristina
Del coche el rumor pausado,
Que parece que camina
Por un vasto despoblado.

Reina Cristina ¿dó están
Las bendiciones aquellas
Y del pueblo aquel afan
Con que seguia tus huellas
Atraido de un iman?

En fuego del corazon
Ya incienso el pueblo no quema
A Cristina de Borbon,
Y pronuncia su anatema,
Cuando calla, la nacion.

Este silencio fatal

Que, al ver melladas sus leyes,
Guarda la España leal,
Es la leccion mas cabal
Que da la España á sus reyes.

Cuando la noche bordó
De estrellas el firmamento,
Cristina en palacio entró
Y ¡quien sabe si sintió
Gritos de arrepentimiento!

Acaso se arrepentia
De su terrible traicion,
Empero su altaneria
La tan funesta sancion
Retirar no permitia.

La infunde el pueblo terror,
Y tal vez siente en su pecho
Una espina, un torcedor,
Mas se dice en su interior:
«Ya no hay remedio, está hecho.»

III.

Los infames cortesanos,
Que son del pueblo las lamias,

Están celebrando ufanos
El triunfo de sus infamias.
¡Que asi al pueblo se provoque!
¡Que le hagan llorar su mal
Tal vez al compas del choque
De cien copas de cristal!
Y nadie sabe aplicar
Su boca voraz, inmunda,
Al dorado borcellar
De que el Málaga redunda,
Si antes á brindar no acierta
Insultando á la nacion,
Que ve su libertad muerta
Por Cristina de Borbon.
Alza un ministro la mano
Y clama con ironia:
«Pues el pueblo es soberano,
Brindo á su soberania.»
Acoje el brindis brutal
Estruendo de aclamaciones,
Y el aplauso universal
Rebosa de los balcones.
El pueblo se va agolpando
Junto al palacio, y observa,
Y oye la zambra del bando

Que sus males exacerba.
Y contempla ecsasperado
Pintarse desde la alfombra
Hasta el arteson dorado
De los que beben la sombra.
Un fantasma ve que llena
La copa y que la vacia,
Y oye el aplauso que truena,
La infernal algaravía.
Ve sombras que se pasean
Copiando pasos y jestos,
Ve sombras que palmotean
Regalándole denuestos.
¡Y las torpes bacanales
De esa chusma corrompida
Ve que son los funerales
De su libertad querida!
Cristina está en el salon
Entre el vapor de la orjía.
Empapado el corazon
De hiel y melancolía,
Ajitada tiene el alma
Y está quieta la ciudad,
Sabe que á veces la calma
Anuncia la tempestad.

El concurso palaciego
Participa de repente
Del triste desasosiego
Que combate á la rejente.
Pone en manos de Cristina
Una carta el mayordomo,
Y ella apenas la examina,
Esclama pálida: ¡Como!
¡Hace el duque dimision
De su dignidad y honores!
¡Bien conozco su intencion!...
Venid, escuchad, señores.»
Una peripecia rara
Altera la escena al punto;
Dó reinaba la algazara
Reina quietud de difunto.
Quedan los brindis pegados
En todos los paladares;
De los lábios ya mojados
Se apartan los borcellares.
Nadie bebe; queda en todos
El aliento suspendido,
Como si entre los beodos
Hubiese un rayo caido.
¿Que ha sobrevenido? acaso,

Mientras apuraban lleno
De grato licor el vaso,
Apuraron un veneno?
¿Que ha sucedido? ¿tal vez
Mezclado el ópio bebieron
Con el sabroso Jerez,
Y todos se adormecieron?
—Venid, escuchad, señores,
Dice Cristina, escuchad,
Pues debo á vuestros errores
Mi inmensa calamidad,
Sacadme del laberinto
En que me habeis internado.....
¡Ah! ¡nunca hubiera el recinto
De Madrid abandonado!
Pude en mal hora tener
En mucho vuestros consejos,
Cuando me hicisteis creer
Que estando de Madrid léjos,
Sin riesgo sancionaria
Esta ley de Ayuntamientos,
Porque nadie se opondria
A mis caprichos é intentos.
Cuando temí al Castellano,
Dijisteis que en Aragon

Estaba el pueblo en mi mano,
Que allí todos leales son.
A Aragon partí, y hallé
Dó buscaba amor, encono;
De allí salir fuerza fué,
Que vacilaba mi trono.
Dijisteis que en Cataluña
Reinaba eterna quietud,
Que en el catalan se acuña
El sello de esclavitud,
Y al ponérselo no pena,
Ni tan siquiera murmura,
Ya avezado á la cadena
Y á la servidumbre dura.
¿Donde están esos corderos
Que lamen á sus tiranos?
Todos me presentan fieros
Sus colmillos como alanos.
Sacadme del laberinto
En que me habeis internado.....
¡Ah! ¡nunca hubiera el recinto
De Castilla abandonado!
En Castilla temí enojos,
Y hallé en Aragon furores,
Y aquí son ascuas los ojos....

¡Con que todos son peores!
Ved lo que dice Espartero;
Yo temo sus espresiones
Como vosotros su acero;
Conozco sus intenciones.
«No es de señora muy alta
Ni propio de una princesa
Faltar nunca á su promesa,
Cual vuestra majestad falta.
Porque cuando un soberano
Es á su palabra infiel,
Se pone el mismo al nivel
Del villano mas villano.
Yo de la palabra os tengo
Y no os habeis de soltar,
Que soy caballero, y vengo
La palabra á reclamar,
No fueseis reina ni dama,
Y veriamos los dos
De que modo ¡vive Dios!
La palabra se reclama.
Os presta el sexo broquel
Y la calidad escudo,
Y nunca un súbdito pudo
Llegar su espada hasta él.

Dad las gracias, si discreto
Me porto de esta manera,
A hallaros en una esfera
Donde el trono es parapeto.
El ser mujer os abona;
Sabed, pues, que os ha salvado
Por una parte el tocado
Y por otra la corona.
De otra suerte fuera mengua
Ventilar este negocio
Con las espadas en ocio
Y el argumento en la lengua.
Pero es fuerza que sepais
Que aunque hasta el trono no alcanza
De un súbdito la venganza,
Cuando del trono abusais;
Hay quien reyes no respeta
Porque es de los reyes rey,
Tiene por cetro la ley
¡Y desgraciada si os reta!
Este monarca tan fuerte
Menos alto está que Dios,
Pero mas alto que vos
Y es dueño de vuestra suerte.
A este monarca acatad,

No le querais oprimir,
Que tiene por porvenir
Entera la eternidad.
¿No adivinasteis quien es
Un tan fuerte soberano?
Es el pueblo, este que en vano
Quereis que os bese los pies.
Deponed vuestra arrogancia;
Ved que su causa es la mia;
Yo tal vez desistiria
En distinta circunstancia.
Él no sufrirá jamás
Que se escatimen sus leyes,
Y aunque os apoyen cien reyes
Probará quien puede mas.
Señora, pensadlo bien;
Contra el pueblo á luchar vais,
Y es preciso que sepais
Que el pueblo es vuestro sosten.
Ved que conflicto os alcanza,
Que sobrecarga de mal,
Deber vos misma el puntal
Atropellar que os afianza.
En cuanto á mí, mas servicios
No he de prestar tras la ofensa,

Y os pido por recompensa
De mis muchos sacrificios,
Que admitais á voluntad
La dimision que os presento
De mis honores sin cuento,
Títulos y dignidad.
Esto y nada mas os ruego,
Mi dimision aceptad,
O la sancion retirad,
Que habeis dado, desde luego.»
¡Oh! ¡cuanto me apesadumbra
Tan funesta dimision!
Bien en ella se vislumbra
De Espartero la intencion.
—Admitídsela, á la vez
Clama todo cortesano,
Y derribais su altivez,
Y le volveis á villano.
—Cayera eterno baldon
Sobre vuestra frente ahora,
Si retiraseis, señora,
Por miedo vuestra sancion.
Mucho parece que os pesa
Haberla dado, á mí no;
Se sostendrá, pues se dió.—

Asi un ministro se espresa.
—La posdata no os leí,
Dice Cristina, y es ella
Lo que me causa mas mella;
La posdata dice así:
«Mi resolucion es esta;
No seais en contestar tarda,
Que junto al palacio aguarda
Todo el pueblo la respuesta.»
¿Que os parece la posdata?
Os ha dejado de hielo...
—Teneis razon ¡vive el cielo!
La posdata es lo que mata.
Veamos desde el balcon
Si ya el pueblo se amotina...
¡Dios mio! ¡que sarracina!
—¡Que gritos! ¡que confusion!
—En este pueblo hay fiereza...
—¡Oigamos! ¿que está diciendo?
—Poca cosa; está pidiendo
No mas que nuestra cabeza.
—¡Y todos llevan fusil!...
—Mandad que se vayan luego...
—¡Si la tropa no hace fuego!
—¡Si son mas de veinte mil!

—Quisiera huir y no puedo...
¡Veinte mil, fieros cual hienas!—
(Y eran trescientos apenas,
¡Que hipérboles tiene el miedo!)
—Y bien ¡que quiere esa jente!
Dice Cristina azorada.
—Es fuerza sea, rejente,
Vuestra sancion retirada.
—Pues bien, suspendida queda,
La retiraré otro dia;
Por salir de esta vereda
Cualquier sacrificio haria.—
Se presenta desde luego,
De órden suya, un emisario
Al tumulto temerario
Que está de cólera ciego.
Y al frente del pueblo mira
Tambien lleno de ardimiento,
Tambien abrasado en ira,
Al patriota Ayuntamiento.
Es vana su pretension
De disipar la ansiedad,
Y calmar la ajitacion
Que cunde por la ciudad.
Todos los grupos preguntan,

Y tanto sin cesar crecen
Que al cabo en uno se juntan
Y la gran plaza ennegrecen,
Como un paño funerario
Tendido en el pavimento,
Y á la voz del emisario
Todos hierven al momento.
La turba á su rededor,
Oyendo hablar de Cristina,
Con ajitacion mayor
Se agolpa y se remolina,
Cual un torrente que encuentra
En su cauce una abertura,
Y allí bulle, y se concentra
Rápidamente y murmura.
Les dice que la rejente
Ve del pueblo la opinion
Y que en suspender consiente
La virtud de su sancion.
—En nombre de quien venís,
Dice al punto un concejal,
¿Por creer lo que decís
Hay garantia cabal?
—Cristina misma.—No, no.
¿Quien en sus promesas fia?

Ya al conde-duque engañó...
Es muy pobre garantia.
—Pues entonces ¿que quereis?
—¿Nos preguntais que queremos?
Si acaso no lo sabeis,
Harto pronto os lo diremos.
Es la nuestra voluntad,
Pues nos tiene el furor ciegos,
Acuñar la libertad
Con cráneos de palaciegos.
—Es mucho pedir, hermanos...
—Al menos del pie del trono
Huyan esos cortesanos
Que alimentan nuestro encono.
Que caiga esa camarilla,
Cuyo torpe aliento empaña
La corona con que brilla
La frente de un rey de España.
Que sean reemplazados
Esos viles consejeros
Por hombres mas abonados,
Mas sesudos, mas enteros.
Esto á la reina direis;
Si transaccion pide acaso,
El pueblo le añadireis

Que no retrocede un paso.
Decidle, si el caso llega,
Que hay armas y municiones
Con que el pueblo en la refriega
Hará valer sus razones.

IV.

Mientras se está dando cuenta
A Cristina del mensaje,
Se oye el chirrion de un carruaje
Que se acerca, pues aumenta.
Se ven dos luces de noche
Que, paralelas marchando,
Al pueblo van anunciando
La aproximacion de un coche.
El coche llega lijero
A la puerta de palacio,
Y atruenan luego el espacio
Gritos de «viva Espartero.»
¡Es él! el pueblo le aclama
Y ansioso le vitorea,
Él en el atrio se apea,
Luego arriba se encarama.
Como si entrara en su casa,
Y sin saludar apenas,
Dando miradas serenas,

Entre los hidalgos pasa.
Ellos buscan de mil modos,
Protestándole amistad,
Captarse su voluntad,
Pero él se burla de todos.
Muy seco, apenas contesta,
Y asi su intencion esconde,
Que á los que mucho responde
Les da una media respuesta.
Con monosílabos cansa
A la chusma impertinente
Que, siendo tan insolente,
Se le presenta tan mansa.
Y en esto mismo aparece
Su refinada malicia,
Pues el que mas le acaricia
Es el que mas le aborrece.
El furor, por de contado,
De Cristina se exacerba,
Y para hablar con reserva
Él se coloca á su lado.
No se sabe lo que hablaron,
Pero hablaron larga pieza,
Y el asomó la cabeza,
Cuando el coloquio acabaron,

A un soberbio mirador
De dó vió la plaza entera,
Y arengó de esta manera
A los de su rededor:
«Camaradas, responded,
«¿Confianza teneis en mí?
El pueblo responde *¡sí!*
«Pues lo que os diga creed.
«Ya ha quedado suspendida
«Esa ley de ayuntamientos,
«Que socava los cimientos
«De la libertad querida.
«El trono ya está al abrigo
«Del ministerio falaz,
«Que turbaba vuestra paz
«De las leyes enemigo.
«Y no haya miedo que tarde
«En disipar con mi espada
«La camarilla malvada
«Que os sojuzgaba cobarde.
«Marcháos, pues, satisfechos,
«Descansad en mis promesas;
«Las leyes dejaré ilesas,
«Ilesos vuestros derechos.
«Y será la España bella,

«Como un dia, floreciente,
«Feliz, libre, independiente,
«Y Espartero digno de ella.»
Rueda por el horizonte
Aplauso muy largo y lleno,
Como retumbante trueno
Que se prolonga en el monte.
La imponente multitud
Se disipa muy contenta.
Y reina, tras la tormenta,
Una profunda quietud.
Cual sucede en el estio
Si, estando el cielo azulado,
Cae aguacero inpensado
En medio de un gran jentío,
Queda la plaza escobada;
Tan solo, junto á palacio,
Se ve paseando despacio
La centinela callada,
Y las luces ambulantes
Del sereno vagabundo
Que mientras descansa el mundo
Él le cuenta los instantes.
Todo duerme, todo calla,
Tan solo el sereno grita,

Y el soldado en su garita
Que, guardando la muralla,
Con su alerta el aire llena
Cuando otro alerta percibe;
Luego otro el suyo recibe
Y se forma una cadena.
Todo Cristina lo escucha
Sin poder dormir, que el sueño
Teme al parecer su ceño
Y la rabia con que lucha.
Su camarilla murmura,
Y es el fuego de sus ojos
De sus internos enojos
Ardiente rebosadura.
Lágrimas Cristina vierte
Que sus mejillas abrasan,
Y á cuantos ante ella pasan
Se dirije de esta suerte:
«Mirad en que laberinto
Me habeis, necios, internado....,
¡Ah! ¡nunca hubiera el recinto
De Castilla abandonado!»

ROMANCE XVIII.

Es para los partidarios
Que en Barcelona ha Cristina
Aspera y mortal espina
El triunfo de sus contrarios.
Viendo que está suspendida,

Por contraria á la nacion,
Llevando ya la sancion
De la rejente abatida,
La ley en que ellos fundaban
Su esperanza lisonjera
Y esclavitud duradera
Del pueblo que detestaban;
Una tarde bien apuestos
Y ricamente ataviados,
Junto á palacio agrupados,
Maquinan planes funestos.
Alli tratan de hacer ver
A la cuitada rejente
Que aun le queda mucha jente
Que la sabrá sostener.
Alli tratan de probar
Que aunque el duque la humilló,
No faltan hombres de pro
Que la quieren levantar.
Que aunque es fuerte y respetable
El partido de Espartero,
Compuesto está todo entero
De una chusma miserable,
Gentes todas sin fortuna,
Sin rango, sin porvenir,

Que en vano intentan salir
Del fango vil de su cuna.
Que todos magnates son
Allí demostrar pretenden
Los vencidos que defienden
A Cristina de Borbon.
Por esto en aquella tarde
Se acicalaron del todo,
Intentando de este modo
De riqueza hacer alarde.
Y con tanta fantasía
Tambíen entre ellos algunos
Hecho habian mas ayunos
De los que su hambre queria.
Ni faltó algun majadero
Que para aumentar su bando
Fue lacayos alquilando
Con disfraz de caballero.
Y arrieros mas de tres,
Queriendo parecer algo,
Tomaron traje de hidalgo
De la cabeza á los pies.
Daba grima tanto absurdo,
Ver tanto esquisito paño
Hombres cubriendo que antaño

Abrigaba paño burdo.
Alli todos de tropel
Aguardaban que saliera
Cristina para que viera
La flor de su bando fiel.
Mas, antes que la rejente,
El duque de la Victoria
Con serenidad notoria
Y con ademan valiente,
Atravesó muy despacio,
Sin escolta y sin abrigo,
Entre el enjambre enemigo,
La gran plaza de palacio.
Envolvian mil enojos
Las miradas que lanzaba,
Y asi, mientras caminaba,
Le abrian paso los ojos.
Que aquella enemiga tropa
Cauce le quiso formar,
Sin tocar su ropa osar
Cual si quemase su ropa.
Luego Cristina salió
Con toda su comitiva,
Y un tan prolongado viva
La plaza entera lanzó,

Que la música sonaba
Y la carroza rujia,
Y ni música se oia,
Ni carroza se escuchaba.
Entre vitores sin fin
A Cristina prodigados,
Dieron mueras los menguados
Al invicto paladin,
Al conde-duque sin par
Que se hallaba en un balcon,
Sereno como un alcion
Entre el bramido del mar,
Mirando con frente altiva
Y con sonrisa burlona
Aquella necia intentona
De hidalgos de perspectiva.
Pero algunos partidarios
Del duque, oyendo las voces
Subversivas y feroces
De sus torpes adversarios,
Supieron en un instante
Poner á todos mordaza,
Y convirtieron la plaza
En un campo de Agramante.
No quedó cabeza sana,

Hubo fracturas á escote,
Que arma fiera es el garrote
Y ademas muy catalana.
¡Cuantos cráneos se rompieron,
Miembros se acardenalaron,
Camisas se desplancharon,
Casacas se descosieron!
¡A que hombre de corazon
No desconcierta y espanta
Ver mezclada sangre tanta
Con pomada y almidon!
Por fortuna la refriega
Poco, muy poco duró,
Que toda la gente huyó
De súbito espanto ciega.
Casacas de paño inglés
Quedaron hechas harapos,
Y huyeron como gazapos,
Que alas da el miedo á los pies,
Aquellas gentes altivas
Poco antes, que osaron fieras
A Espartero dar mil mueras
Y á Cristina dar mil vivas.
Cuando Cristina volvió
A palacio, aun no era noche,

Y aun desde su regio coche
Restos de los suyos vió.
Palpitantes en el suelo
Vió despojos ¡oh dolor!
Un sombrero de castor
Allí, mas acá un pañuelo.
Mas lejos ve como pisa
Su comitiva arrogante
Ora un chaceco flamante
Ora un cuello de camisa.
Lágrimas vierten sus ojos
Al contemplar esparcidos
De sus campeones queridos
Los tristisimos despojos.
Ni una esperanza remota
A la desdichada queda.....
¿Hay quien consolarla pueda
De esta postrera derrota?
«¡Como, esclama, pongo dique
Al furor de mis contrarios,
Si tengo por partidarios
Paladines de alfeñique!
Soy perdida sin remedio;
Ya esta ciudad abandono
Que me mira con encono

Y que yo habito con tedio.
Adios, Barcelona impia,
Ciudad de tigres y hienas,
Plegue á Dios que mis cadenas
Puedan sujetarte un dia.
Hoy me vence tu pujanza ;
No te rias de mi lloro,
Que aunque sea en pais moro
He de mendigar venganza.
Que si puedo uncirte al yugo,
Pondré para hollar tu raza
Un cadalso en cada plaza
Que haga sudar al verdugo.»

ROMANCE XIX.

—Aqui estoy con frenesí,
Dice Cristina, cuidad
De que salgamos de aquì,
Que me pesa esta ciudad.
Disponed, pues, mi equipaje

Y mi coche de camino,
Que á emprender muy pronto viaje
Me fuerza mi cruel destino—
Y el mayordomo responde:
—¿Do quereis marchar, señora?
¿A Madrid tal vez?—¿Pues donde?
—No es posible por ahora.
—¡Como! hablad... ¿que lo prohibe?
—Lo que aqui os prohibe estar.
—Mas mi mente no concibe.....
Hablad, no me hagais penar.
—Espantosa insurreccion
Estalló en la capital,
Al saberse la sancion
De aquel proyecto fatal.
—Pero, en fin, alli vencidos
Los rebeldes deben ser,
Que hay soldados aguerridos.....
—Que armas no quieren hacer
Contra el pueblo; se han pasado
De tal suerte al enemigo,
Que apenas queda un soldado
Que os quiera prestar abrigo.
—Iré, pues, á cualquier parte
De la bella Andalucia,

—Tambien allí su estandarte
Tremola la rebeldía,
—Iré, pues, á la Coruña.....
—Se han rebelado tambien.
—¡Con que nadie el arma empuña
Para prestarme un sosten!
Por supuesto que Aragon.....
—Brama cual revuelto mar;
Zaragoza es un leon
Que nadie pudo domar.
—¿No hay solo un punto tranquilo?
¿No puedo llevar mi corte,
Buscando seguro asilo,
A las provincias del norte?
—¡Al norte! nunca, rejente,
Que allí blanquean la tierra
Huesos de tanto valiente
Como pereció en la guerra.
Allí el arado tropieza
Del labrador enlutado
Con el brazo ó la cabeza
De un hermano mutilado.
¿Y allí buscais un consuelo,
Buscais una simpatía,
Si sangre mancha aquel suelo

Y está tibia todavía?
¿Allí, infeliz, no sabeis
Que á cada paso una gloria
Por vuestro mal hallareis
Del duque de la Victoria?
¿Y que os llenará de hiel
Errar vos como un mendigo,
Y donde quiera un laurel
Encontrar del enemigo?
—Pensamientos de venganza
Están quemando mi sien,
Y el que la busca la alcanza
Si sabe buscarla bien.
Solo venganza alimento,
Y es tan terrible mi encono
Que estimo en este momento
Mas la venganza que el trono.
Yo para saciar mi saña
Daré cuanto se me ecsija;
Diera la mitad de España
Y hasta el cetro de mi hija.
Ambiciosos que os matais
Por una cruz, por un grado,
Yo os daré cuantos querais,
Venid, luchad á mi lado.

De diamantes os daré
Cuanto pese el corazon
Del ingrato á quien saqué
De su villana extraccion,
Aunque necesario sea
Las piedras desengastar
De la mas rica presea
Que han visto reyes brillar.
¡Y soy aquella mujer
Cuyo nombre solo un dia
Endulzaba el padecer
Del valiente en su agonía!
¿Soy yo aquella que adquirí
En cada pecho un sagrario,
Cuando España para mi
Era entera un incensario,
Que mi trono perfumaba
Con tan sincera afeccion
Que el incienso se quemaba
En ascuas del corazon?
¡Y ahora infeliz mendigo
Un bravo que me proteja,
Y no encuentro un solo amigo
En quien forme eco mi queja!
¿Donde están aquellos bravos

Que daban por escabel,
Gloriosos de ser esclavos,
A mi pié su pecho fiel?
A mis plantas se humillaban
Para servirme de alfombra,
Y ver pintada anhelaban
En sus bordados mi sombra.
Generales cual vil heno
Mil y mil veces pisé,
¡Y hora ni encuentro terreno
Do poder sentar el pié!—

═══

El dolor con los sollozos
Formó un nudo en su garganta,
Y el llanto acabó las quejas
Que empezaron las palabras.
Que, cuando estan aflijidas,
Es propiedad de las damas
Tener ojos que se encarguen
De lo que la boca calla.
Tambien lloró el mayordomo,
Que es obligacion sagrada
Verter llanto el palaciego
Cuando lo vierte el monarca.
Ambos lloraron gran pieza,

Mas por fortuna una carta
Recibió en aquel momento
Cristina desconsolada,
Que serenó su semblante,
Tornó á su pecho la calma,
Y devolvió á sus pupilas
El fuego de la esperanza.
Esta carta lisonjera
En Valencia era fechada;
Cerrada estaba con lacre
Y por Odonell firmada.

ROMANCE XX.

La salva, que se eslabona
De fuerte en fuerte, es señal
De que Cristina abandona
Con la familia real
Los muros de Barcelona.

De la pólvora quemada
Va el humo robando al dia
Las rosas de su alborada,
Y es la salva contestada
Por buques de la bahía.

De un vapor á bordo avanza
Cristina, que ansia llegar
A Valencia, do ha esperanza
De poder por fin hallar
Su apetecida venganza.

Que Odonell, cuya bravura
Está bien acreditada,
La victoria le asegura,
Y por la cruz de su espada
Vengar sus agravios jura.

En la carta que escribió
Asi á Cristina decia:
«No vereis, señora, no
«En triunfo á la rebeldía,
«Mientras tenga espada yo.

«Que me precio de valiente

«Y aun me precio mas de fiel,
«Y asi hallareis, la rejente,
«Para hacer al riesgo frente
«En mi lealtad un broquel.

«Un ejército acaudillo
«Numeroso como fiero,
«Y aunque, en verdad, considero
«Que está ciego con el brillo
«De las glorias de Espartero;

«Dócil me obedecerá
«Como un perro á su señor,
«Que subordinado está,
«Y fiero acribillará
«Las entrañas del traidor.

«A Valencia venid pues
«Do asilo teneis seguro,
«A Valencia do os auguro
«Que pisarán vuestros pies
«Los despojos del perjuro.»

Por eso Cristina ansiosa
Que, mientras marcha, en idea

De mil modos saborea
La venganza que la acosa,
Llegar á Odonell desea.

¡Cuanto alarga su ansiedad
Las horas que en llegar tarda
A la anhelada ciudad!
¡Con cuanta impaciencia aguarda
Acreditar su crueldad!

Pregunta á cada momento
Que tiempo falta en llegar;
Las alas envidia al viento,
Cuando le siente pasar
Mas veloz que el pensamiento.

Se dirige hácia la prora;
Crece su afan mas y mas;
Ve la quilla cortadora,
Que parece que devora
Las olas que deja atras.

Muchas olas atras deja,
Y aunque esto place á Cristina,
Dice ella en tono de queja:

«¿Valencia acaso se aleja
«Mientras el barco camina?»

Dice al punto un palaciego:
—Ya estamos cerca, señora,
No os impacienteis, os ruego,
—¿Falta mucho?—Media hora
Que la pasarémos luego.

Mirad, mirad por aqui.....
¿No veis á modo de un monte.....
—Si..... me parece que si,....
Muy pegado al horizonte...
—Pues bien, Valencia está alli.

Y en efecto, aunque distante
Está Valencia del mar,
Su sien antigua y jigante
Ve hasta el cielo levantar
De lejos el navegante.

Desde el Gráo hasta Valencia
Tienen la senda ocupada
Tropas de marcial presencia
Que, formadas en parada,

Aguardan con impaciencia.

Mas apenas con su quilla
Besa su rada el vapor,
Una vistosa barquilla
Se columpia al rededor
De las reinas de Castilla.

Y de una sola arrancada
La navichuela lijera
A la playa las traslada,
Donde Odonell las espera
Para ofrecerlas su espada.

Himnos muchos y á porfía
Iban músicas vertiendo,
Pero toda su armonía
Ofuscaban con su estruendo
Las salvas de artillería.

Y sin embargo Cristina
Todas sus confianzas pierde;
Nuevo tormento la muerde...
Ni su espíritu fascina
La campiña siempre verde,

Ni el ambiente siempre puro,
Ni el cielo siempre sereno
De aquel clima tan ameno
Que es un resto, á buen seguro,
Del paraiso terreno.

Muy mucho la apesadumbra
Y desgarra su alma altiva
Ver que no recibe un viva,
Aunque use, como acostumbra,
Su sonrisa tan nociva.

Con Odonell que la causa
Pregunta de su tristeza,
Razona muy breve pieza,
Y el bravo, tras una pausa,
Responde así con fiereza:

—¡Vive Dios, que vos en mi
No teneis confianza, no!
¡Que! ¿dudais que deje yo
De cumplir lo que ofreci?

¡Sentis que esté tan callado
El pueblo! ¿el pueblo que importa?

Tengo un acero que corta
Y un héroe en cada soldado.

En mi puño está Valencia,
Y asi la he de sujetar
Que ni pueda respirar
Sin que me pida licencia.

—¿Y si es infiel el soldado?
Interrumpe la rejente,
Si hacer armas no consiente
Contra el pueblo amotinado,

¿Qué valdrá vuestra arrogancia?
Qué haré en lance tan temido?
—Marchar por do habeis venido
Y no parar hasta Francia?

—¡Es un recurso cruel!
—En caso tan apurado
Dése por afortunado
Quien pueda salvar la piel.—

Esto Odonell respondió,
Y apesarada Cristina

Cuando al palacio llegó
En que Odonell la dejó,
Dijo asaz triste y mohina:

Parece que esto va mal,
Tengo que dejar mi puesto
Y cederlo á mi rival.....
¡ Mucho me exaspera esto !

Ven, Espartero, á ocupar
Mi puesto... ¡ Alcalde insolente !
Es mas facil derribar
Que al jeneral al rejente.—

ROMANCE XXI.

No bien la infeliz rejente
De Cataluña saliera,
Puesta su fe toda entera
En la espada de un valiente,

Cuyos brios arrogantes
Brazo fuerte y clara fama
Consagra á llorosa dama
Como el héroe de Cervantes,

Cuando una hermosa corona
Muy labrada, muy febrida,
Dedica reconocida
A Espartero Barcelona.

Es la presea un tesoro
De una labor prolongada,
Esquisita, trabajada
A martillo, y toda de oro.

Dos laureles representa
Con las hojas y sus venas
Tan naturales que apenas
El arte en ellas se ostenta ;

Y esto prueba la destreza
De artifice consumado,
Cuyo principal dechado
Es siempre naturaleza.

Los dos laureles ha unido
Un lazo de oro muy fuerte,
Y elaborado de suerte
Que cual cinta está tejido.

Y con la luz que refleja,
La corona se retrata
Y reproduce en la plata
De una muy tersa bandeja.

El gentío con anhelo
Quiere ver tan rica joya,
Que en una tabla se apoya
Forrada de tercio-pelo.

Cuatro heróicos milicianos,
Muy gloriosamente heridos
En combates repetidos,
Llevan la corona ufanos,

En cuyo lazo esculpida
Hay esta inscripcion de gloria:
«Al duque de la Victoria
«Barcelona agradecida.»

De los cuatro van en pos
Y delante y á los lados
Los concejales formados
Con órden, de dos en dos.

Y así atraviesan de gente
Un mar que las calles ciega,
Hasta que el cortejo llega
Do está la tropa imponente.

Toda está formada en masa
En el espacioso glásis,
Y cual palma de una oásis
Cuya copa altiva pasa

Las plantas que al rededor
Vejetan humildemente,
Alza Espartero su frente
Entre su estado mayor.

Del sol fatiga las luces
Con el oro de su pecho,
Que parece campo estrecho
Para tal copia de cruces.

Llegado el ayuntamiento
Aclamaciones provoca,
Y en una mesa coloca,
Que está allí puesta al intento,

La corona refuljente
Que tantas miradas llama,
Y al duque vuelto, así esclama
Del cabildo el presidente:

—Hoy hace un año, señor,
Que en los campos de Vergara
Añadisteis fama clara
A la que os logró el valor.

Despues que en combates mil
Mil victorias obtuvisteis,
Con un abrazo pusisteis
Fin á la guerra civil.

Mucho admira Barcelona
Vuestro valor y virtud,
Y en prueba de gratitud
Os ofrece esta corona.—

Dice, y luego un concejal,
Síndico procurador,
Al famoso vencedor
La gran corona triunfal

Presentando, con acento
Que su conmocion confiesa,
Sus sentimientos espresa
En este razonamiento:

—No bien esta capital
Supo que Morella erguida
Dobló su frente, abatida
Por vuestra tropa leal,

Cuando auguró muy cercana
La tan suspirada paz,
No fue su agüero falaz,
Ni su esperanza fue vana.

Tan seguro el resultado
De vuestra empresa previmos,
Que parabienes nos dimos
Antes de haberse alcanzado.

Y en nombre de esta ciudad
Resolvió su Ayuntamiento
Su puro agradecimiento
Mostraros y voluntad.

Cayó, en efecto, Morella
Bajo el poder de los buenos,
Cayeron de asombro llenos
Los guarecidos en ella,

Y á esta victoria siguieron
Victorias y mas victorias,
Que á vos os dieron mil glorias
Y á nosotros paz nos dieron.

Esta corona es ofrenda
Digna y muy digna, Espartero,
De quien embotó el acero
De la intestina contienda.

Pero escuchad: si algun dia,
Lo que no será, traicion
Haceis á la gran nacion
Que en vos su ventura fia;

Si con posteriores hechos
Amancillais los pasados,
Y son del pueblo pisados
Por vuestro pie los derechos;

Que este laurel quiera Dios
Martirice vuestra sien,
Y que su brillo tambien
Él pierda á la par de vos.

Que se convierta en escoria
Todo el oro de este don,
Y que os sirva de baldon
El que emblema es hoy de gloria.

—Asi sea, el gran caudillo
Esclama; yo esa corona
No mancharé; bien abona
Mi patriotismo su brillo.—

La corona toma luego
Con su victoriosa diestra,
Y al ejército la muestra
Diciendo con voz de fuego:

—A vosotros hoy en mi
Se os obsequia, camaradas;
Mucho batallé y vencí,
Mas las glorias que adquiri
Son por todos alcanzadas.

Allá en el campo enemigo
Luchando como leones,
Los riesgos y privaciones
Repartido habeis conmígo;
Repartamos los blasones.

Este premio mereció
Todo el ejército entero,
¿A quien pues lo dare yo?
Para vosotros lo quiero,
Que para mi solo no.—

La muchedumbre le aclama,
Y se ve mas de un soldado
Que tiene el rostro surcado
Por el llanto que derrama.

Que no hay soldado feroz,
Ni corazones de acero

Que no conmueva Espartero
Con la magia de su voz.

Luego forman pabellon
Los victoriosos pendones
De todos los batallones,
Y en el asta del pendon

Que en el centro colocado
Entre los demas descuella
Pone la corona bella
El caudillo entusiasmado.

Delante de las banderas
Va desfilando en seguida
Aquella tropa aguerrida
Que en lides muchas y fieras

Las vió retar la metralla,
Ondear entre polvo denso,
Recibiendo por incienso
El humo de la batalla.

Es inmensa la algazara
Con que todo el vecindario

Celebra el aniversario
Del convenio de Vergara.

No hay balcon sin colgadura,
Y en todas partes impera
La alianza mas sincera
Y la alegria mas pura.

Es ya noche, y á porfia
Brillan luces de tal suerte
Que Barcelona no advierte
Casi la ausencia del dia.

Las Casas consistoriales
Con su frontis adornado
Y ricamente colgado,
Con sus bandas militares

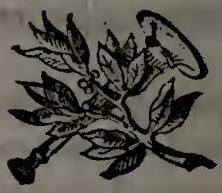
Atraen jente y mas jente
Que contempla aquel ornato
Y de Espartero el retrato
En un cuadro transparente.

¿Que hace entre tanto Cristina?
Cuando supo por su mal

La gloria de su rival
Que ella en el alma abomina,

A su pesar sus enojos
Con lágrimas delató,
Y muy ceñuda volvió
A Barcelona los ojos.

Y dijo: «Fortuna impia,
Vuelve el pasado poder
A esta infelice mujer,
Vuelvéselo solo un dia,
Que venganza ha menester.»



ROMANCE XXII.

Espartero y la rejente
En Valencia están los dos;
Aquel lleno de esperanza,
Esta llena de dolor.
La gloria del duque crece

Y la de Cristina no;
Espartero escita envidia,
La rejente compasion.
Esta es la luna que muere
Cediendo el dominio al sol,
Aquel es el sol que nace
Cuando la luna murió.
Brilla el duque con luz propia
Porque es la luz de su honor;
A Cristina presta el brillo
La alcurnia de que nació.
Y este brillo con sus hechos
De tal manera menguó
Que ha perdido ya en España
La rejente su esplendor.
Los jenerales adictos
A Cristina de Borbon,
Emulos del de Victoria
A quien odian con furor,
En vano atajar ensayan
El vuelo del campeon,
Que sube al poder supremo
En alas de la Nacion.
En vano arengan las tropas
Que Odonell acantonó,

Para derribar al duque,
De Valencia al rededor.
Los soldados se hacen sordos
De esos jefes á la voz
Y ni sobornar se dejan
Por el oro corruptor.
Idolo suyo es el pueblo,
El conde duque es su Dios,
Y contra objetos tan caros
No gastan el plomo, no.
¡Pobre Cristina! creia
En el soldado español
Hallar un ciego instrumento
De su tirana ambicion,
Y un desengaño tardio
Mal su grado le enseñó
Que en España los soldados
Soldados del pueblo son.
Viéndose desamparada,
Sin prestijio, sin favor,
En fin se dió por vencida
Y al conde-duque llamó.
Ya en el rejio alojamiento
De Valencia estan los dos,
Lleno el duque de esperanza

Y ella llena de dolor.
Pero no estan los dos solos,
Porque en el mismo salon
Estan tambien congregados
Magnates y hombres de pro.
Allí estan cuatro ministros,
Allí el duque de Alagon,
Allí el marques de Malpica,
Caballerizo mayor,
Y otros muchos personajes
Que son de España la flor,
Jenerales, majistrados,
Varones de distincion,
Diputados de provincia,
Un alcalde, un rejidor,
Canónigos y deanes
Y jefes de division.
Allí se hallan convocados,
Y todos testigos son
De la renuncia formal
Que hace Cristina á favor
Del duque de la Victoria,
Quien rejirá la nacion
Hasta el dia en que las cortes
Determínen lo mejor.

Cristina ya no es rejente,
Ved como ruje un vapor
Cuya negra chimenea
Con humo encapota al sol.
Ved como al zarpar el buque
Dan á Cristina un adios
Los cien tacos despedidos
Por cien bocas de cañon.
Y ni una lágrima estéril
Acompaña á la que holló
Do quier flores que esparcia
Placentero el español.
Vedla camino de Francia,
Sus hijas dejando en pos,
Con los párpados caidos,
Destrozado el corazon.
Y es fama que cuando el buque
Rapidamente cruzó
Las aguas de Barcelona,
Una mirada de horror
En sus muros la ex-rejente
Desesperada clavó.
Y es fama que desde lejos
Con ira la dirijió
Una amenaza siniestra

Y una airada maldicion.
¡Ay! y mientras navegaba
El gran golfo de Leon,
Cuyas borrascas remedan
Su ajitacion interior,
Con la reina y con la infanta
El rival que la venció
Se dirijia á Madrid
Mirando á su rededor,
No las enojadas olas
De un golfo devorador,
Sino un jentio entusiasta
Que, como si fuese un Dios,
Acataba reverente
Al invencible campeon.
¡Ah! llora, llora, Cristina,
Que Espartero te venció;
Tú entras en Francia proscrita,
Él en Madríd triunfador.

ROMANCE XXIII.

El pueblo en cortes unido
La rejencia confirmó
En el duque esclarecido,
Que tantas pruebas le dió
De ser un héroe cumplido.

Estan con los diputados
En un soberbio salon
Los senadores sentados;
Tiene allí toda nacion
Ministros y delegados.

Y coronadas están
Las galerias de gente
Que aguarda muy impaciente
Y con manifiesto afan
Que llegue el nuevo rejente.

Un secretario leyó
El acta de nombramiento;
La lectura concluyó,
Y del salon al momento
Una comision salió.

Y esta comision que fue
Del conde-duque al encuentro,
Luego con él vuelve adentro;
Todos se ponen de pie
Y Espartero ocupa el centro.

De allí pasea arrogante

Una mirada serena
En torno el salon brillante,
Y el concurso que lo llena
Solo mira su semblante.

El duque al derecho lado
Se pone del presidente,
Quien con acento esforzado
El juramento sagrado
Toma del nuevo rejente.

«Por Dios vos debeis jurar
«Y los Evanjelios santos
«Guardareis y hareis guardar,
«Sin esponerla á quebrantos,
«La ley que es fuerza acatar.

«Y debeis jurar tambien
«Que, en cuanto hiciereis, no mas
«Mirareis del pueblo el bien,
«É infiel no sereis jamas
«A la que ciñe su sien

«Con la diadema preciada
«De esta vasta monarquía

«Cuya suerte os es confiada,
«Hasta que de minoria
«Salga nuestra reina amada.»

«*Si juro,* dijo Espartero,
«Y si lo contrario hiciere
«Ni obedecido ser quiero,
«Y lo en que contraviniere
«No debe ser valedero.»

Acabó, y con frenesí
Todo el concurso aplaudió,
Y el presidente añadió:
«Dios os lo premie si asi
«Lo hiciereis, y si no, no.»

La ceremonia acabada,
Manifiesta sus deseos
La multiud agolpada,
Correos y mas correos
Salen de toda embajada.

Cuando Cristina llegó
De Francia á la capital,
La fama le notició

Que la nacion confirió
La rejencia á su rival,

Y aunque esta nueva no estraña,
Su corazon atraviesa,
Pues dice con mucha saña:
»Duque, sabrás cuanto pesa
Esa rejencia de España.

A pesar de tu destreza,
Espartero, menguarás;
Te embriagará tu grandeza,
Y en tu altura sentirás
Que se te va la cabeza.

Aunque enemigos venciste
Cara á cara y mano á mano
Ya en el monte, ya en el llano,
La táctica no aprendiste
Con que lucha el cortesano.

Has arrollado, Espartero,
Muchas huestes enemigas,
Mas no acaricies tu acero,
Porque es poco valedero

En una guerra de intrigas.

En palacio no se lucha
Como luchaste en el norte,
Do tu fortuna fué mucha;
Requiere gente mas ducha
La estrategia de la corte.

El pueblo es tu pedestal
Y este pedestal es falso;
Teme su poder fatal,
Que hace de un trono un cadalso,
De una corona un dogal.

Entre tí y el pueblo rota
Pronto la alianza ha de ser,
Y entonces iré yo á ver
Que te silva en la picota
Quien te aplaudió en el poder.

Tambien á mí como á tí
El pueblo me alhagó un dia,
Tambien como tú yo vi
Esa hiena que lamia
La mano con que la herí.

Y ahora mirame ausente,
Y tu posicion medita,
Que aunque es mi suerte inclemente,
Puede una reina proscrita
Mas que un villano rejente.

Si, que en Francia con paciencia,
Mientras espio mi yerro,
Haré ver que mas potencia
Ha Cristina en el destierro
Que Espartero en la rejencia.

Desde tu altura, Espartero,
No escarnezcas mi dolor;
Vencida soy porque quiero;
Para vencerte mejor,
Me dejé vencer primero.

Guerrero de limpia espada.
Nombre claro y fama pura,
¿Ignoras tú por ventura
Que una buena retirada
Acaso el triunfo asegura?

En la palaciega lid

Retiradas hay tambien
Que son falsas y de ardid;
Aqui, Espartero, estoy bien,
Mejor aqui que en Madrid.

Ya gané la posicion
Desde la cual lucharé,
Hasta que al fin la nacion
Que aborrezco, bajo el pié
Forceje de esta Borbon.

Yo cebaré mis furores,
Que para vengarme tengo
Elementos los mejores,
Pues á mas de mi abolengo
Me da el sexo defensores.

Poseo la simpatía
De mi tio el rey de Francia,
Quien con su mucha maestria
Y acostumbrada constancia
Urdirá la intriga mia.

Riquezas conservo inmensas,
Y abierta mi mano está

Prodigando recompensas,
Y bien pronto comprará
Tal vez al que menos piensas.

Que yo con amaño vil
Halagando de mil modos
Al retrógrado, al servil
Y á los descontentos todos,
Sembraré guerra civil.

Finjiéndome arrepentida,
A los pies del padre santo
Me postraré compunjida,
Como queriendo con llanto
Borrar yerros de la vida.

Diré que incrédula España
Mancha su santa diadema,
Y provocando su saña
Le pediré el anatema
Con que á los bobos engaña.

Ajentes enmascarados
Con políticos disfraces,
De mil puntos destacados,

Pondrán pronto á tus secuaces
Del todo desconcertados.

Y luego que la opinion
De los mas incautos tuerza,
Levantaré mi pendon,
Y tu caerás, que la fuerza
Solo consiste en la union.

Procuraré que tambien
Tú, cual yo en tiempos mejores,
Cercado estés de traidores
Que hacer te impidan el bien
Y que aplaudan tus errores.

Tú adulado cejarás
En un golfo de estravíos,
Y tarde conocerás
Que son partidarios mios
Los que por tuyos tendrás.

Amigos tu proceder
Te enajenará bien pronto,
Y hasta odiarán tu poder,
Que al cabo te han de tener

Por muy malo ó por muy tonto.

Y si este plan infernal
No te derriba, un felon
Buscaré, un hombre venal
Que coloque en su puñal
Por vaina tu corazon.

Teme, Espartero, mi saña;
Para dar cima á mi empresa
Constancia me sobra y maña;
Pronto sabrás cuanto pesa
Esa rejencia de España.»

Dijo Cristina, y despues
Que mostró sus arterías,
En busca de simpatías
Para ver al rey frances
Entróse en las Tullerías.

Hay, duque, jente embozada,
Canalla de alma ratera,
Y si no ves la celada,
Tras la rejencia te espera
La plaza de la Cebada.

¡Ay de tí si envanecido
Con la dignidad de rey,
Echas un dia en olvido
Que en la altura á que has subido
Tienes encima la ley!

De tu puesto soberano
Es solo, Espartero, digno
Quien con la ley en la mano
Sin ser débil es benigno
Y fuerte sin ser tirano.

No como á tu antecesora
Te cerque vil camarilla
Que, á tí y al pueblo traidora,
Impida llegue á tu silla
La voz del pueblo que llora,

Son tus amigos sinceros
Los que muestran tus errores;
Sean pues tus consejeros
Entendidos, bienhechores
Y hasta contigo severos.

No te fuerze la ambicion

A quebrantar tu promesa,
Que has jurado á la nacion
Conservarla siempre ilesa
Su santa Constitucion.

Y será tu gloria inmensa,
Y tu poder al abrigo
Estará de toda ofensa,
Si á los malos das castigo
Y á los buenos recompensa.

Tolerante en consecuencia
Con la opinion has de ser,
Porque la mayor violencia
Nunca ha podido imponer
Una ley á la conciencia.

Proteje la agricultura,
Comercio y artes fomenta
Porque esto solo asegura
Un poder que se cimienta
En la jeneral ventura.

Ante la ley sea igual
El mendigo al potentado,

Y á los pies del tribunal
Sea no mas que el pecado
Quien condene al criminal.

Se recto, se justiciero,
Y de Cristina la intriga
No te amilane, Espartero,
Aunque forme estrecha liga
Para hundirte el orbe entero.